11675

Un verdadero

~~de~~

hombre de bien

asquerino

101

UN VERDADERO

HOMBRE DE BIEN.

Comedia original

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1845.

PERSONAS.	ACTORES.
LA MARQUESA DE LA MOTA. .	*D.ª Teodora Lamadrid.*
ISABEL.	*D.ª Plácida Tablares.*
D. TIBURCIO MENDEZ NARIO, *hidalgo asturiano.* . . .	*D. Julian Romea.*
D. LESMES.	*D. Antonio de Guzman.*
EL MARQUES DE...	*D. Florencio Romea.*
D. MIGUEL LAREDO.	*D. Pedro Sobrado.*
D. TADEO.	*D. Luis Fabiani.*
D. FERNANDO DE SILVA. . . .	*D. Antonio Alverá.*
UN DIPUTADO.	*D. Lázaro Perez.*
CABALLERO 1.°	*D. José Diez.*
CABALLERO 2.°	
DOMINGO, *asturiano.* . . .	*D. Juan Torroba.*
UN CRIADO.	*D. Carlos Spuntoni.*
UN ALGUACIL.	*D. Ignacio Silvostri.*

ALGUACILES.

La escena es en Madrid.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

si la Sta Micaela se asoma a
(reja de derecha á D)

Acto primero.

El teatro representa por un lado una calle estrecha, y por el otro una sala de la casa de la marquesa. Una reja da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO. *Despues* ISABEL, *asomada á la reja.*

Fernando. Ha empezado á anochecer,
é Isabel me aguardará: (D)
¡ah! sí: la reja abrió ya,
y sus gracias voy á ver.
¿Isabel? (*Acercándose á la reja.*)

Isabel. ¡Fernando mio!
impaciente te aguardaba,
que el alma en tu amor soñaba
con ardiente desvarío.
Mucho en venir has tardado;
¡y sufro tanto en tu ausencia!
ya conoces la vehemencia
de la fé que te he jurado.
Y asi, cuando llega la hora
de la cita y no has venido,
á mi pecho dolorido
vago temor le devora.
Pienso que algun accidente
fatal...

Fernando. Calma ese temor,

607501

angel bello de mi amor.
Ya estoy aqui.

Isabel. Felizmente.

Fernando. No me mires con enojos
si á que el sol se oculte espero,
pues sola ver brillar quiero
la hermosa luz de tus ojos.
¿Cómo han de verter jamas
tanta luz sus arreboles,
si son tus ojos dos soles
y el otro un sol nada mas?

Isabel. ¡Siempre lisonjero!

Fernando. No;
siempre tierno, enamorado,
aunque siempre desdichado.

Isabel. ¿Tú desdichado?

Fernando. Sí, yo.
¡Y cómo no lo he de ser
si con delirio te adoro,
y tu amor, que es mi tesoro,
temo que le he de perder!

Isabel. ¿Qué dices? ¿Tienes en mí
tan poca fé, que ese agravio
pudo proferir tu labio?
¿Qué te hice para ello? Di.

Fernando. No culpo á tu tierno amor,
sino al destino cruel,
que me hace apurar la hiel
de la copa del dolor.
Bien sabes que la fortuna
me negó bienes sobrados:
¡ah! ¿por qué los desgraciados
no morirán en la cuna?
A nuestro enlace tu tio
se opone con rigor fiero,
que aunque nací caballero,
pobre nací, dueño mio.
En pos de ascensos y gloria
por tí á Navarra volé,
mas solo heridas logré,
y el laurel de la victoria.
Capitan nombrado fuí,

aunque mas alto subiéron
los que menos merecieron
con la sangre que vertí.
No logra el mas esforzado
muchas veces ascender;
sino el que sabe coger
los laureles del soldado.
Y si aun me niega tu mano
tu tio, ¡qué vale pues
ser capitan, si á un marques
unirte quiere tirano!

Isabel. ¿Mas no sabes que el galan
que mi pecho cautivó
no es el rico marques, no,
sino el pobre capitan?

Fernando. ¡Ah! Tan dulce confianza
es la que me hace soñar
que acaso veré brillar
la aurora de la esperanza.

Isabel. Vete ya.

Fernando. ¿Tan pronto, hermosa?

Isabel. Mi tio puede venir.

Fernando. Esta noche de lucir
deja mi estrella dichosa.

Isabel. ¿Y mañana?

Fernando. El sol veré.

Isabel. ¿Y si se nubla quizá?

Fernando. Para verle yo saldrá.

Isabel. ¿A la misma hora?

Fernando. Sí á fé.

Isabel. ¿Tienes confianza?

Fernando. ¿Pues no?

Isabel. ¿Y te vas celoso?

Fernando. ¡Ah! sí.

Isabel. ¿Celos, si te adoro á tí?

Fernando. Pero el marques...

Isabel. Le odio yo.

Fernando. Él es rico.

Isabel. Y tú galan.

Fernando. Te ama.

Isabel. Y yo por tu amor muero.

Fernando. Pero es marques.

Isabel. Yo prefiero
á mi pobre capitan.
Fernando. ¿De veras?
Isabel. ¿Puedo engañarte?
Fernando. Me juras...
Isabel. Nunca ofenderte.
Fernando. Y yo amarte hasta la muerte.
Isabel. Y yo jamas olvidarte.
Fernando. Pues á Dios, prenda querida.
Isabel. A Dios, mi dulce contento.
Fernando. No olvides tu juramento.
Isabel. Y tú del marques te olvida.
(*Isabel se retira de la reja, y se va don Fernando.*)

ESCENA II.

En la misma calle DON TIBURCIO *y* DOMINGO *en trage de camino.*

Tiburcio. Ven, Domingo.
Domingo. ¡Ah! ¡mi señor!
En mi vida llevé un susto
mas grande.
Tiburcio. Al fin nos dejaron.
Domingo. Pero sin un peso duro.
Tiburcio. Por fortuna no traia
mas que unos cuantos escudos,
y si no dejo las letras
en la maleta, me luzco.
¡Quién habia de creer
cuando á mí se acercó el uno
de los cuatro, que el robarnos
era su intencion! ¡Si aun dudo
lo que acaba de pasarme!
¡y parecia el muy tuno
un caballero!... Me dijo
con tan buen modo: «Presumo
se le cayó una moneda.»
Como brillar vi un escudo
en el suelo, le doy gracias,
me bajo á cogerla... ¡ah! ¡burro!
se echan sobre mí los otros,

y tú te quedaste mudo
de miedo.

Domingo. ¡Si me agarraron
tambien por el cuello!

Tiburcio. ¡Al punto
que hemos llegado á Madrid
con nosotros ¡por San Bruno!
los cortesanos se portan!
¡parece que hay aqui algunos
que en el arte de robar
al prójimo son muy duchos!
¡Vaya, que grande aficion
muestran á lo que no es suyo!

Domingo. Fue bueno el recibimiento.

Tiburcio. Que conocieron calculo
que aqui éramos estrangeros,
y nos han seguido el bulto
al salir de la posada.

Domingo. Bien nos dijo don Canuto,
que en la corte á cada paso
hay un tropiezo; y mas pudo
el deseo en su mercé
de ver sus parientes...

Tiburcio. Justo.
No los conozco, y ya sabes
que en el testamento puso
una cláusula mi tio
para que heredero suyo
fuera, con la condicion
de haber de casarme al punto
con mi prima la marquesa
de la Mota.

Domingo. ¿Y de seguro
se casa? ¡Pobre amo mio!

Tiburcio. ¿Qué? ¿yo casarme? Abrenuncio.
Y no es que tenga aversion
á ese indisoluble nudo,
sino porque dar mi mano
á una muger cuyos gustos
no han de amoldarse á los mios,
fuera un proceder estúpido.
Ella educada en la corte,

y yo en un pueblo: ella al lujo
y al bullicio acostumbrada,
yo á la sencillez: disfruto
en mi retiro el sosiego
que apetezco, y ruede el mundo.
Ni un mes, ¡qué digo! ni medio
pudiéramos vivir juntos,
sin que cual perros y gatos
estuvieramos. ¡San Justo!
No haré tal barbaridad;
primero me vuelvo turco.
Y eso que la prima dicen
que es un hechizo; mas dudo
que me hechice á mí.

Domingo. ¡Ay! que el diablo
las carga: mírelo mucho
su mercé, no se arrepienta
muy tarde...

Tiburcio. Pues yo te juro
que no pararé hasta ver
cómo esa boda destruyo.
Ni me manda Rey ni Roque,
y hago cuanto es de mi gusto;
rico y jóven todavía...

Domingo. Y estirado como un junco.
A fé que no ha de faltarle
quien le quiera.

ESCENA III.

DICHOS *y* ALGUACILES.

Alguacil. Aquellos bultos
son sin duda los ladrones.
Dénse á prision.

Domingo. ¡Ay!

Tiburcio. ¡Qué escucho!

Alguacil. Al fin los hemos cogido.

Tiburcio. Que se equivocan discurro.
¿Prendernos? ¿y por qué causa?

Alguacil. Ya la sabrán.

Tiburcio. Ahora juzgo

que la debemos saber.

Alguacil. Reconvenciones no sufro.
Yo no me equivoco nunca:
soy un alguacil...

Tiburcio. No insulto
á nadie jamas; y menos
á la justicia: pregunto...

Alguacil. Y no debo contestarle.

Tiburcio. (Voto á... cálmate, Tiburcio.)
¿Con que hemos llegado á un tiempo
que el ladron anda seguro,
y se prende al hombre honrado?
¿Hay en Madrid estos usos?

Alguacil. Vamos.

Tiburcio. ¿Adónde?

Alguacil. A la carcel;
es en vano el disimulo.

Tiburcio. ¡Hombre! ¡Usted delira!

Alguacil. ¡Cómo!
¿aun se atreve...

Tiburcio. ¡Es un abuso!
¡un atentado inaudito!
no hicieran mas los calmucos.

Alguacil. Prendedlos para que no huyan.

Tiburcio. Yo de la justicia no huyo:
¡si nó, aunque cuatro vinieran
probado habrian mis puños!
(*Se los llevan.*)

ESCENA IV.

LA MARQUESA *é* ISABEL, *en la sala.*

Isabel. Mucho tarda nuestro tio.

Marquesa. Tal vez con el marques venga,
que la hora de su visita,
hermana mia, se acerca.

Isabel. ¡Ay! No me hables del marques.

Marquesa. ¿Que no te hable del que anhela
ser tu esposo?

Isabel. Eso jamas:
prefiero morir soltera.

Es tan fátuo, tan prendado
de sí mismo, que la idea
de que se empeñe mi tio
me case con él, me aterra.

Marquesa. Al menos es jóven; pero
¿qué de don Lesmes dijeras,
su tio, que ser mi esposo
en la edad en que se encuentra
pretende?

Isabel. ¿Y fueras capaz
de ir con el viejo á la iglesia?
¡Tú su esposa! ¡No tendrias
perdon de Dios! Rica y bella,
por muerte de nuestro padre
el título de marquesa
como mayor obtuviste.
Ya ves si con tales prendas
faltarán adoradores
que rindan á tu belleza
tributo, sin que tu mano
des al viejo.

Marquesa. Si se empeña
mi tio...

Isabel. ¡Está bueno! Tú
saliste ya de tutela
por fortuna. Ojalá yo
lo mismo decir pudiera.

Marquesa. Sin embargo, hay compromisos
de grave naturaleza,
y por mas que pienso en ellos
no sé al fin cómo los venza.

Isabel. ¿Compromisos? Los ignoro:
bien que guardas tal reserva
conmigo, que no comprendo
á veces de tu tristeza
la causa: desde que fuiste
dos años hace á Valencia
con nuestra hermana, que ha sido
en casarse la primera,
se ha cambiado tu carácter:
antes alegre, traviesa:
ahora pensativa, triste

cuando ninguno te observa,
porque delante de gente
lo ocultas de tal manera,
que adivinar es dificil
que agitan tu pecho penas.

Marquesa. Preciso es mostrarse amable
por mas que el alma padezca:
lo exige la sociedad,
y la educacion lo ordena.

Isabel. Sí; desde que se casó
nuestra hermana, estás inquieta.
¡La querias tanto! has sido
en verdad su madre tierna;
como á la nuestra perdimos...
y tu pasion hácia aquella,
no me quejo yo, es tan grande,
que mas la enciende la ausencia.

Marquesa. No renueves esa herida,
que aun está su sangre fresca;
perdona, si no te digo
lo que es bien que tú no sepas.

Isabel. Guarda tu secreto; pero
¿por qué con toda franqueza
no dices al tal don Lesmes
que no le amas?

Marquesa. Bien se deja
conocer, pues cuando me habla
de su amor, me rio.

Isabel. Cuenta
con que no tome la risa
por fina correspondencia,
que hay hombres que son tan necios,
que el ser amables nos vedan
con ellos; ya se ve, todo
toman al pie de la letra;
sonreimos, é imaginan
que de amor estamos muertas;
y de estos, hermana mia,
es el marques. Mas ya llega
nuestro tio.

Marquesa. (Corazon,
que disimules es fuerza.)

ESCENA V.

LAS MISMAS. DON TADEO.

Tadeo. ¡Válgame Dios, lo que sudo!
¡si estoy hecho una jalea!
¡lo que he corrido!!...
Marquesa. ¿Qué ocurre?
Tadeo. Ahí es nada: una friolera.
Dejad antes que me siente,
y tomar aliento pueda.
Isabel. ¿Qué será?
Tadeo. Habeis de saber
que he recibido la nueva
de que pronto mi sobrino
llegará.
Marquesa. ¿Quién?
Tadeo. Buena es ella.
Tiburcio: ¿quién ha de ser?
El que viene de su tierra
sin duda para casarse
contigo.
Isabel. ¡Ah!
Tadeo. ¿No lo recuerdas?
Marquesa. Confieso me ha sorprendido
esa noticia.
Tadeo. A cualquiera
lo mismo sucederia.
Isabel. ¿Pues no dicen que no piensa
mas que en su campo y sus bueyes,
y que jamas de su aldea
ha salido el buen hidalgo?
Tadeo. Ya... pero... como le ordena
el testamento... y ahora
no sé cómo salir pueda
del compromiso en que estoy.
¡Bravo! Don Lesmes espera
obtener tu mano; ¡goza
en la corte una influencia
tan grande! como que al fin
él es Director de Rentas;
y tambien porque la boda

se haga, un interes demuestra
tan vivo el señor Laredo,
todo un ministro de Hacienda...
fuera incurrir en su enojo
desairarle.

Marquesa. (¡Ah!)

Isabel. (¡Qué sospecha!
Cuando á Laredo se nombra,
mi hermana siempre se altera.)

Tadeo. Por otre parte, Tiburcio
es de la familia nuestra,
y es su capital inmenso,
porque ademas de la herencia,
era sin duda el mas rico
de Asturias; y la promesa
que hice á mi hermano al morir,
y el testamento... que venga
pues mi sobrino, y veremos
cómo la boda se arregla.

Marquesa. (¡Ay de mí!)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. UN CRIADO.

Criado. Señor...

Tadeo. ¿Qué traes?

Criado. Para entrar piden licencia
unos hombres; por las trazas
son alguaciles.

Tadeo. ¿De veras?
¿En mi casa la justicia?

Isabel. ¡Dios mio!

Marquesa. ¿Pero qué intentan?

Criado. Uno que viene con ellos
asturiano pienso sea;
dice ser de usted sobrino.

Tadeo. ¡Mi sobrino! Que entre apriesa:
¡Tiburcio! (*Con alegría.-Vase el criado.*)

Isabel. (*Bajo á la marquesa.*)
Otro pretendiente,

y primo... no se presenta
la cosa muy mal.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. DON TIBURCIO. ALGUACILES.

Tiburcio. Deo gracias.
Isabel. (*Bajo á la marquesa.*)
Ese es estilo de aldea.
Tadeo. Tiburcio, ven á mis brazos.
Tiburcio. ¿Usté es mi tio, y son estas
las primas?
Tadeo. Si: ¿lo dudabas?
Isabel. Me ha gustado la llaneza:
estas... hum... (*Idem.*)
Tiburcio. Pues antes, tio,
que le abrace, que lo sepan
estos hombres que me acaban
de prender.
Tadeo. ¿Y quién lo niega?
Soy tu tio.
Alguacil. Mas con todo,
que ante el juez le lleve es fuerza;
unos ladrones acaban
de robar...
Tiburcio. ¡A quién lo cuenta,
habiendo sido la víctima!
Alguacil. Como hallé á ustedes tan cerca
del lugar do se hizo el robo...
Tiburcio. ¡Que por ladron se me prenda,
cuando yo he sido el robado!
Tiene gracia...
Alguacil. Pues no tema,
que en formándosele causa
podrá probar su inocencia.
Tiburcio. Y los daños y perjuicios
que originárseme puedan,
¿quién me los abona entonces?
Alguacil. Esto al juez no le interesa.
Tiburcio. Lo creo; pero á mí, sí.
¿Con que es decir que me dejan

los ladrones sin un real,
y me prenden por sospechas
en tanto que ellos se escapan?
¿Así es cómo se gobierna
en la corte?

Tadeo. Ya le he dicho
que es mi sobrino, y que es esta
mi casa, bien conocida
en Madrid, y que frecuenta
don Miguel Laredo.

Alguacil. ¡Cómo!
El ministro... Su excelencia...

Tadeo. Es íntimo amigo nuestro.

Alguacil. Dispense usted la molestia,
y ya que estoy convencido
de que no es él quien creyera,
si en algo puedo servir
á ustedes...

Tadeo. Gracias.

Tiburcio. Se aprecia.

Alguacil. Dios guarde á ustedes.
(*Se retira haciendo reverentes cortesías.*)

Tiburcio. Y á él.
(El infierno mejor fuera.)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. ISABEL. DON TADEO. DON TIBURCIO.

Tiburcio. Ahora venga un abrazo,
tio del alma; que hasta hoy
no le he visto; mas yo soy
así, de golpe y porrazo.
Las primas de allá, al volver
del campo ó caza, es seguro,
las doy un abrazo y duro,
y ellas se dejan querer.
Pero las de acá, simpleza
el abrazarlas sería;
todo en la corte varía:
¡como no hay tanta franqueza!
¡Y lo siento, como hay Dios!

que son las primas muy monas.
¡Vaya qué par de personas!
¡y qué gracia ambas á dos!

Marquesa. ¿Sabe usted, primo, tambien
ser lisonjero? Creia
que esto alli no se aprendia,
y le doy el parabien.

Tiburcio. ¿Yo lisonjas proferir?
esto es, ¿mentir con buen modo?
A ese arte no me acomodo,
que jamas supe fingir.
El fingimiento, no es broma,
como hay Cristo que me enfada;
si al cortesano le agrada,
que con su pan se lo coma.
Aunque digan no soy fino,
yo no entiendo de monsergas;
y sin repulgos ni gergas,
llamo al pan pan, vino al vino.
¡Eso de andar con rodeos
y andróminas, no en mis dias!
sabedlo pues, primas mias,
nunca oculto mis deseos.
¿Y á qué los he de ocultar,
si ellos indignos no son?
de ninguna torpe accion
me tengo que avergonzar.
Mi padre al morir me dijo:
«Un grande caudal te dejo;
que lo emplees bien te aconsejo;
no obres mal, que eres mi hijo.
¡Siempre la verdad entera
dirás, aun en contra tuya!!»
Y si esta máxima suya
sigo desde que naciera,
lo que sienta diré aqui,
que en ello mi orgullo fundo,
y aunque pese á todo el mundo,
me es igual: ¡yo soy asi!

Isabel. (*Bajo á la marquesa.*)
El primo es original.

Marquesa. (*Idem.*) Me parece muy honrado.

Tadeo. (¡Vaya! ¡Si me ha entusiasmado!
No se va esplicando mal.)
Tiburcio. Conoceros me interesa,
y esto no os debe ofender,
porque quisiera saber
cuál de ambas es la marquesa.
Marquesa. ¿Se digna usted preguntar
por mi?
Tiburcio. ¡Ah! ¿y de usted me habló?
¿no somos primos? ¿Si? ¡Oh!
pues tú por tú me has de hablar.
Tadeo. Es estilo cortesano,
y no debes pretender
puedan tan pronto perder
la costumbre...
Tiburcio. Bien; me allano.
¡Pero todo, es singular,
aqui al reves acontece
que en mi pueblo! Me parece
me voy muy pronto á largar.
Tadeo. Ya te irás acostumbrando
á estos usos.
Tiburcio. Creo que no.
Tio, soy muy tosco yo
para irme civilizando.
Allá en mi pueblo... ¡ay qué vida!
liebres con los galgos corro,
y asi hasta pólvora ahorro;
¡y hay cosa mas divertida!
Volver con caza abundante,
cuya sangre aun chorrea,
sentarse á la chimenea
con rico mosto delante.
Beber... ¿y eso os maravilla?
de cada trago una azumbre:
luego al amor de la lumbre
tumbarse, y ancha es Castilla.
Sin cuidados, sin afanes
la vida se pasa alli,
y no medran como aqui
ambiciosos ni truanes.
Y la justicia no prende

por el ladron al robado,
se respeta al hombre honrado,
y la amistad no se vende.
Trabaja para comer
cada cual; no hay pretendientes
entre aquellas buenas gentes,
y trabajan... ¿qué han de hacer?
Los dias de fiesta, no marra,
á los mozos del lugar
al compas miro bailar
de un biolin y una guitarra.
Me mezclo entre ellos tambien;
¡toma! aunque hidalgo he nacido,
jamas vanidoso he sido,
me divierte, y hago bien.

Isabel. ¡Ay! ¡primo! ¡no estraño ya
que aqui se halle fastidiado,
á la vida acostumbrado
de su pueblo! Claro está.

Marquesa. Mucho va usted á sufrir,
y lo que mas sentiremos
es que un primo á quien hoy vemos
no se llegue á divertir.
Bailes, teatros tampoco
deberán ser de su agrado:
ni el pasear por el Prado...

Tiburcio. ¿Los prados? ¡Me gustan poco!
Por el campo, pese á tal,
me muero.

Isabel. (¡Qué gracia!)

Tadeo. No es...

Isabel. ¿Gusta usted del campo? Pues...
como hay verde... es natural.

Tiburcio. Pero Domingo debe ir
á traerme el equipaje.

Tadeo. Es verdad.

Isabel. (*Bajo á la marquesa.*)
¿Que aqui se encaje?
¿Y ya quién le hace salir?

Tadeo. Vamos, y verás tambien
tu cuarto.

Tiburcio. Como usted quiera.

¿Y no venís allá fuera? (*A las primas.*)

Marquesa. Aqui aguardamos.

Tiburcio. Muy bien.
¡Qué monisimas! No habia
á vosotras ni una igual
en mi tierra. ¡Cuánta sal!
¡Y esto en la corte se cria!

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ISABEL.

Isabel. ¿Has visto, hermana?

Marquesa. Sí á fé.

Isabel. Vamos, que para marido
no es malo el primo.

Marquesa. ¡Qué he oido!
Que te burlas bien se ve.
Si acaso ha pensado en mi,
le debo desengañar
pronto.

Isabel. ¿Y te vas á quedar
sin parte en la herencia?

Marquesa. Sí.

Isabel. ¿Por no hacer tal sacrificio
prefieres perder los bienes?
¿luego por don Lesmes tienes
mas simpatía?

Marquesa. (¡Oh suplicio!)
No pienses que su rudeza
es la que á mi amor se opone,
que asi el cielo lo dispone,
y me gusta su franqueza.
¡Hay mas infeliz muger!
¡que mi destino inhumano
me obligue á darle mi mano
á quien no puedo querer!

Isabel. Tuya es la culpa.

Marquesa. No es mia.
Lo quiere la suerte avara,
y aunque á mi primo adorara
con él no me casaria.

Isabel. No adivino... ¡ay! el marques.
¡Cómo habia de faltar!
El tio y él... ¡vaya un par!
y el primo... ¡vaya qué tres!

ESCENA X.

LAS MISMAS. DON LESMES. EL MARQUES. *Ambos algo exagerados en su trage; aquel trae un gran ramo de flores.*

Lesmes. (*Don Lesmes se coloca al lado de la marquesa: el marques al de Isabel.*)
Señoritas...
Marquesa. Caballeros...
Lesmes. (*A la marquesa.*)
Feliz quien á verla llega,
aunque el resplandor me ciega
de esos hermosos luceros.
Porque el sol que me ilumina
empieza ahora á nacer.
Marquesa. Nunca deja usted de ser
galan.
Lesmes. Como usted divina.
Marques. ¡Oh! por venir á su lado,
mire usted si me interesa,
el raout de la duquesa,
que estaba hermoso, he dejado.
Isabel. Marques, hizo usted muy mal.
Damas bellas y elegantes
alli habria.
Marques. Sí, bastantes;
pero á usted ninguna igual.
Isabel. ¡Qué gracia!
Marques. ¿Rie?
Isabel. ¿Pues no?
de la lisonja me río.
Marques. Usté es mas bella, bien mio;
¿pues si no, la amara yo?
Marquesa. ¿Pero don Lesmes? ¡Qué veo!
¿ha venido usted cargado...
Lesmes. (*Presentándola el ramo.*)
Para usted le he destinado,

y que le admita deseo.

Marquesa. ¿Para mi? gracias le doy.
¡Es un ramo muy hermoso!
Y usted tan fino, obsequioso...

Lesmes. No; su esclavo es lo que soy.

Isabel. ¡Cuánto verde!

Lesmes. El tiempo...

Isabel. ¡Ah!

Lesmes. Símbolo de mis amores
es este ramo de flores.

Marquesa. (*Con intencion.*)
Las marchitó el tiempo ya.

Lesmes. Algunas; pero esta rosa
aun se ostenta muy lozana.

Marquesa. (*Idem.*) ¡Ay! este clavel, hermana,
qué ajado...

Lesmes. ¡Y usted qué hermosa!

Isabel. (*Con intencion.*)
Ya se ve: ¡como ha sufrido
de la escarcha los rigores!

Lesmes. ¡Qué tos!

Isabel. (*Al marques.*) ¿Y usted no trae flores?

Marques. Otra cosa la he traido.

Isabel. ¿Y bien?

Marques. ¿No acierta quizás...

Isabel. No tal.

Marques. Pues mi amor me abona,
traigo á usted...

Isabel. ¿Qué?

Marques. Mi persona,
por ser lo que aprecia mas.

Isabel. ¡Ay! ¡Marques! ¡Qué grave error!
¿Quién á usted hizo creer...

Marques. ¿No se deja conocer
que inspirarla supe amor?

Isabel. ¡Amor usted! ¡Pobrecillo!
No es muy discreto en pensarlo.

Marques. ¡En vano intenta negarlo;
lo conozco, soy muy pillo!

Lesmes. La repito, vida mia,
que yo la adoro rendido.

Marquesa. ¿A palacio usted no ha ido?...

Lesmes. Sí: porque como decia...
Marquesa. Esta noche debe hacer
mucho frio.
Lesmes. Pues yo siento
un calor calenturiento.
Marquesa. Malo acaso...
Lesmes. Puede ser.
Marquesa. Un médico... es lo mejor:
voy á enviarle á llamar.
Lesmes. Mi mal no sabrá curar,
porque mi mal es... de amor.
Isabel. ¡Qué ridiculez! ¿ahora
haber dado en tal manía?
Marques. ¿Y yo engañarme podria?
¡Si su corazon me adora!
Bien que en eso no hace mas
que de otras muchas seguir
el digno ejemplo, y rendir
el culto que las demas.
Este cuerpo... esta elegancia...
¡soy un seductor! Confieso
que por mí pierden el seso
cuantas me ven; sin jactancia.
Isabel. No dirá usté eso de mí.
Marques. ¡Bah! ¡Si tambien ha caido
en la red que la he tendido,
tontuela!
Isabel. ¿Yo en la red?
Marques. Sí.
Isabel. Loco está.
Marques. ¡De envidias cuántas
va usté á ser causa!
Isabel. Me río.
Marques. ¡Mas qué tengo yo, Dios mio,
para que me quieran tantas!
Lesmes. Aseguro á usted, señora,
que esta es mi pasion primera;
hay en mi pecho una hoguera,
un volcan que le devora.
Voy esa mano á besar,
y sentirá todo el fuego
que me abrasa: yo á usted ruego

me la dé... ó voy á espirar.

Marques. Usted no quiere creer nada.

Marquesa. (*Rechazándole.*)
¿Don Lesmes, qué va usté á hacer?

Marques. (*Volviéndose repentinamente á don Lesmes, al tiempo que este queria coger la mano de la marquesa.*)
¿No es verdad que voy á ser
secretario de embajada?

Lesmes. Tú... sí. (¡Maldito sobrino!)

Marques. (¡Ay! La mano la cogia
á la marquesa...)

Marquesa. Decia...

Marques. (¡Le he sorprendido! ¡divino!)
Pero tio...

Marquesa. (*A don Lesmes, bajo con enojo.*)
Ya lo ve.

Marques. Pienso le van á saltar
los ojos.

Lesmes. (*Furioso.*) ¡Quieres callar!

Marques. ¡Qué feo se pone usté!
Se sofoca demasiado,
y luego un golpe de tos,
con el reuma y...

Lesmes. ¡Vive Dios!

Marques. Estoy siempre con cuidado
por su salud.

Lesmes. Ya se acaba
mi paciencia.

Marques. Es natural: la edad...

Lesmes. Calla.

Marques. ¡Pese á tal!...
pero...

Isabel. (El primo: este faltaba.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. DON TIBURCIO. DON TADEO.

Tiburcio. Pues, tio, estamos corrientes:
ya he tomado posesion
de mi nueva habitacion...

Mas ¿quiénes son estas gentes? (*Bajo.*)

Tadeo. ¡Oh! Son unos personages
de la corte.

Tiburcio. (*Bajo.*) ¡Vírgen Santa
de Covadonga! Me espanta
aquel viejo... ¡qué visages!

Marques. ¿No me dirá usted quién es
ese prójimo?

Marquesa. ¿Pues no?
Es primo nuestro.

Marques. ¿Primo? ¡Oh!

Marquesa. ¿Y esto sorprende al marques? (*Idem.*)

Marques. ¿Y tiene usted primos...

Marquesa. Sí.

Marques. De tan fea catadura?
¡qué vestido, y qué figura! (*Idem.*)
si en mi vida igual la vi.

Tadeo. Señores, con mucho gusto (*Alto.*)
les presento á mi sobrino,
que ahora de Asturias vino.

Marques. (¡De Asturias!)

Lesmes. Esto es muy justo.

Tadeo. De esclarecido abolengo,
don Tiburcio Mendez Nario,
mi pariente, y millonario.

Lesmes. (Pues á lo último me atengo.)

Marques. (¿Millonario ese zopenco?
y yo un marques, ahí es nada,
tengo mi renta empeñada,
¡yo que no soy un mostrenco!)

Lesmes. Puede usted reconocer
por un servidor y amigo...

Tiburcio. Gracias; pero yo no digo
lo que acaso no he de ser.

Lesmes. ¿Cómo?

Isabel. (La soltó al minuto.)

Tiburcio. Es natural: prometerle
amistad sin conocerle
fuera una burla.

Marques. (¡Qué bruto!)

Lesmes. ¿Y pudiera usted dudar
de mis sinceras promesas?

Tiburcio. ¡Bah! toma: ¡cuántas como esas
se suele el viento llevar!
Lesmes. No acostumbro cual villano
faltar nunca á mi palabra.
Tiburcio. Al monte tira la cabra,
y á mentir el cortesano.
Por eso á nada me obliga,
y no ha de engañarme á fé,
pues lo contrario creeré
de todo cuanto me diga.
No se enoje; porque yo
recuerdo bien el refrán,
palabra me cogerán,
mas lo que es el cuerpo no.
Tadeo. En eso á todos injurias.
Lesmes. (¡Este hombre es un hotentote!)
Marquesa. (No sabe fingir.)
Marques. (¡Qué zote!)
Al fin de un pueblo de Asturias...
Tiburcio. Y bien, de un pueblo; es verdad,
mas no me cambio con él,
aunque haga grande papel
en la corte.
Marques. ¡Oh! ¡necedad!
¿No se cambiara por mí,
que soy marques y elegante?
¡Qué mal gusto! (*Mirándole con el lente.*)
Tiburcio. (Este danzante,
¿por qué me mirará asi?)
A mí se me importa un bledo
que él sea marques ó no:
tambien noble nací yo,
y como noble procedo.
No basta haber heredado
un título: ¡qué simpleza!
la verdadera nobleza
solo estriba en ser honrado.
Esto, esto es lo principal,
lo demas todo es pamplina:
¡cuántos, si bien se examina,
nacieron bien y obran mal!
Lesmes. ¡Qué sacrilegio!

Tadeo. ¿Qué has dicho?
Marquesa. El primo es franco. (*A Isabel bajo.*)
Isabel. Si á fé. (*Idem.*)
Tiburcio. ¿Y eso le admira? ¿Por qué?
¡Vaya un estraño capricho!
Marques. ¿De qué pueblo es usted?
Tiburcio. (Veo
quiere un rato de solaz:
tengamos la fiesta en paz...)
Soy de Cangas de Tineo.
Marques. ¿De Cangas? Y no habrá allí
elegantes...
Tiburcio. Dice bien:
allí solo hombres se ven,
no muñecos como aquí.
Marques. ¿Qué? ¿muñecos?
Tiburcio. Eso mismo.
Marques. (¡Qué cafre!)
Tiburcio. (Parezco blando,
pero si me va cargando,
voy á romperle el bautismo.)
Lesmes. Señores, mañana espero
dígnense ustedes honrar
el baile que pienso dar.
Marquesa. Nos será muy lisonjero.
Isabel. (Sin duda allí podré ver
á Fernando.)
Tadeo. (*Bajo á don Lesmes.*) ¡Qué he oido!
¡Un baile! me ha sorprendido:
¿qué objeto puede tener...
Lesmes. No entiende usted la magnífica
diplomacia, mas yo soy
muy diplomático. (*Idem.*)
Tadeo. Estoy.
Lesmes. Es baile de alta política. (*Idem.*)
Y si usted me hace tambien
la merced de ir... (*A Tiburcio.*)
Tadeo. Irá, sí.
Tiburcio. ¿A un baile? ¿Y qué haré yo allí?
Tadeo. Cállate. (*Bajo á Tiburcio.*)
Tiburcio. Pues señor, bien.
Marques. Irá al baile... ¡Santo Dios!

¿con él piensa usted entrar? (*A Isabel bajo.*)

Isabel. ¿Por qué?

Marques. ¡La van á silbar!
Yo no me acerco á los dos. (*Idem.*)

Lesmes. Hasta mañana, Felisa,
que mire el sol de esos ojos
á todos causar enojos.

Marques. Hasta mañana: ¡ay qué risa! (*A Tiburcio.*)

ESCENA XII.

LA MARQUESA. ISABEL. DON TIBURCIO. DON TADEO.

Tiburcio. Digo que el tal marquesito
me carga á mas no poder.

Tadeo. Mas político has de ser.

Tiburcio. ¿En qué falté? (Me derrito.)
A ese mozo respondí
con modo, mientras creía
que tuviera cortesía,
mas se burlaba de mí.
Y agradézcaos el marques
no le diera una leccion:
mientras conmigo lo son
yo me precio de cortés.
Mas si cualquier ente ruin
porque en la corte naciera
de mí mofarse quisiera,
habrá la de San Quintin.
Son mis pensamientos nobles,
pero al mirarme insultado
recuerdo que Dios me ha dado
dos brazos como dos robles.

Tadeo. No he concluido el correo,
y le voy á despachar.

Isabel. Mi hermana le quiere hablar,
y complacerla deseo.

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. DON TIBURCIO.

Tiburcio. Pues solos nos han dejado,

vaya, prima, siéntate,
que es molesto estar de pie,
y tambien yo estoy cansado.
Ahora los dos hablemos
como primos; con franqueza;
tú por tú.

Marquesa. (Muy bien empieza.
Si me atreviera... veremos.
Es preciso poco á poco...)
En haberle conocido
vivo placer he sentido.

Tiburcio. ¡Pues y yo! Me tiene loco.

Marquesa. ¿Loco? De usted no se diga
de veras...

Tiburcio. ¿Y cómo no,
si unas primas hallo yo
tan guapas? ¡Dios las bendiga!

Marquesa. ¿Con que por vernos no mas
usted ha venido?

Tiburcio. Eso es.
Tenia mucho interes
por conoceros.

Marquesa. Quizás
llorará alguna persona
esta ausencia.

Tiburcio. ¡Bobería!
(¿Si engatusarme querría?
libreme Dios, aunque es mona.)

Marquesa. (Si á ser mi esposo ha venido
este hombre... tiemblo al pensarlo.
No sé cómo averiguarlo.)
¿Y á Madrid no le ha traido...

Tiburcio. Nada mas.

Marquesa. Pues yo creí
que en ello parte tuviera
la herencia.

Tiburcio. (Qué bueno fuera
que se enamore de mí.
¿Y qué hacer, en conclusion,
en circunstancia tan rara?
¡Qué trance, si se declara
ella... asi... de sopeton!)

Marquesa. ¿Nada dice usted?
Tiburcio. ¿Yo?
Marquesa. Luego
la herencia...
Tiburcio. Cierto: tambien...
(estoy en brasas.)
Marquesa. Muy bien.
(¿Cómo saber...--no sosiego.)
¿Y lo que el tio dispuso
qué parece á usted?
Tiburcio. A mí,
ni bien ni mal: asi, asi...
(El dedo en la llaga puso.)
¿Y tú de ello qué has pensado?
Marquesa. ¿Yo? Si no le incomodara...
Tiburcio. Al contrario: deseara
que francamente...
Marquesa. (Ha llegado
la ocasion que tanto temo.)
Me parece que casar
á dos sin llegarse á amar
es peligroso en estremo.
Tiburcio. Es verdad.
Marquesa. Que antes debiera
consultarse el corazon,
para que haga la eleccion
que mas de su gusto fuera.
Tiburcio. Es verdad.
Marquesa. Que si se atiende
al interes, dicho enlace
muy desgraciados los hace,
porque la mano se vende.
Tiburcio. Es verdad.
Marquesa. ¿Con que es decir
piensa usted del mismo modo?
Tiburcio. Opino como tú en todo.
Vamos, no hay mas que pedir.
¡Qué alegria! ya resuello,
que antes de haberte escuchado
podia habérseme ahogado
con la punta de un cabello.
Marquesa. (¡Qué escucho! ¡Ni aun ha fingido

el sentimiento mas leve!)

Tiburcio. Al instante saber debe
el tio lo decidido.

Marquesa. (Entonces don Lesmes... ¡Oh!)
Aguarde usted, tal vez mude
de pensamiento...

Tiburcio. No dude;
que no mudará, eso no.

Marquesa. ¿Tanto aterra á usted me llame
esposa suya algun dia?

Tiburcio. ¡Casarme yo! No hay tu tia,
el buey suelto bien se lame.
Y no porque una muger
no conozca es un tesoro;
si alguna vez me enamoro,
con delirio he de querer.
Soy en ese arte novicio,
y por la que amára hiciera,
si ella me correspondiera,
el mas grande sacrificio.

Marquesa. Usté es capaz...

Tiburcio. De cumplir
lo que he dicho y mucho mas.

Marquesa. (Si me atreviera... ¡oh! jamas:
conmigo debe morir.)

Tiburcio. No me gana á corazon
ningun cortesano á fé:
acaso zátio seré,
defecto de educacion.
De mi pueblo casualmente
no he salido, y no te asombres;
asi conozco á los hombres
en los libros solamente.
Yo no me paro en vicocas,
lo menos es el dinero;
mas para casarme quiero
una muger como hay pocas.
Que esto ofenderte no sea.

Marquesa. (Tiene buen fondo.)

Tiburcio. Un enlace
en la corte no me place.

Marquesa. ¿Y por qué no? ¡Estraña idea!

Tiburcio. ¡Bien se deja conocer:
tú tan fina cortesana,
y yo á la pata la llana,
¿nos pudieramos querer?
Ademas, tus gustos son
de los mios diferentes:
¿cómo vivir juntas gentes
de distinta inclinacion?
Nos ahorramos muchos males
dejándonos de casar:
ni tú me puedes amar,
ni yo á tí; estamos iguales.

Marquesa. Si está usted tan decidido,
inútil fuera...

Tiburcio. ¿Pues no?
nunca me enamoré yo,
y felizmente he vivido.
Tan rollizo... y es razon,
ningun cuidado me agita,
pues ni el sueño amor me quita,
y duermo como un liron.
Asi de nada me aburro,
y aunque en mis cálculos yerre,
yo siempre, prima, erre que erre,
no me apeo de mi burro.

Marquesa. (No serán muy elegantes
sus frases, mas son sinceras.)
Me retiro.

Tiburcio. Como quieras,
y tan amigos como antes.

ESCENA XIV.

DON TIBURCIO, *y despues* DON TADEO.

Tiburcio. Vamos, esto es lo mejor
que ha podido suceder;
ella dame calabazas,
y yo la muestro desden;
¡no ha sido malo el principio!
¡entré en Madrid con buen pie!
Me roban, y por ladron

quieren prenderme despues,
y á la carcel me llevaban...
De muy buena me escapé,
que si no, mientras se prueba
mi inocencia, puede ser
me hubiesen tenido preso
un par de meses ó tres.
Vóime á dormir: ¡bien decian
que la corte es un Belen!

Tadeo. ¿Tiburcio?... (*Saliendo.*)

Tiburcio. Muy buenas noches. (*Se va.*)

Tadeo. ¡Y se ha marchado! ¡pardiez!
¡Mi sobrino es un salvage!
Yo le civilizaré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Sala en casa de don Lesmes suntuosamente amueblada: en el fondo se distingue un salon de baile iluminado.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DON LESMES. DON FERNANDO. CABALLEROS 1.° *y* 2.°

Lesmes. Ustedes vienen á honrar
esta casa, caballeros:
tan señalada merced
en el alma yo agradezco.

Fernando. Al contrario, los honrados
somos nosotros, que habernos
convidado á un baile suyo
es favor muy lisonjero.

Cab. 1.° ¡Un notable personage
que tan grande valimiento
tiene en la corte!

Lesmes. (*Con aire de importancia.*)
¡Oh! alguno,
pero no tanto...

Cab. 2.° Comprendo:
hábil siempre diplomático,
usted posee el raro ingenio
de ocultar su poderío.

Cab. 1.° Mas todos le conocemos.

Cab. 2.° ¿Y quién mas digno que usted

de ejercer en el gobierno
influencia? (Nos da bailes.)

Cab. 1.° ¿Y quién mas justo y mas recto
en conceder las mercedes
tan solo al merecimiento?
(Nos da opiparos banquetes.)

Fernando. (¡Qué aduladores! y luego,
apenas vuelva la espalda
le quitarán el pellejo.)

Lesmes. Ustedes me favorecen,
y sin duda no merezco
tales elogios...

Cab. 2.° Madrid
del nombre de usté está lleno.

Cab. 1.° Y todos le hacen justicia.
¿A don Miguel de Laredo
no ha visto usted hoy?

Lesmes. Aun no.

Cab. 2.° Los negocios...

Lesmes. Por supuesto.
No descansa un solo instante:
las cortes, el ministerio,
los contratistas le ocupan
todo el dia, y aun el sueño
le roban; ¡como que él quiere
todo por sí mismo hacerlo!
Tambien está redactando
una porcion de proyectos...
Oh, se elevará muy pronto
de nuestra nacion el crédito.
Subirán los fondos.

Cab. 1.° ¿Sí?
¿Usted cree...

Lesmes. Como que he hecho,
aqui para entre nosotros,
una jugada, y espero
ganar en ella, no mucho:
unos doscientos mil pesos.

Cab. 2.° ¡Bravo, don Lesmes! ¡Asi
bailes, banquetes tendremos!

Cab. 1.° ¡Oh! Laredo es el ministro
de Hacienda de mas talento

que he conocido.

Cab. 2.° Y mas probo.

Cab. 1.° Y mas noble caballero.

Fernando. ¡Vive Dios! que ya no puede
contenerse el sufrimiento
al oir tales lisonjas,
indignas de hidalgos pechos.
¡Talento! ¡un hombre que tiene
en un desorden completo
la hacienda, y causa los males
que la España está sufriendo!
¡Probo! ¡quien solo se ocupa
en repartir á sus deudos
los destinos lucrativos,
y alguna vez en venderlos!
¡Que al bien comun nunca atiende,
porque el suyo es lo primero,
y cuando exhausto se encuentra
con la civil guerra el reino
le oprime con mas tributos
para aumentar su soberbio
fausto, y el de aduladores
de su poder instrumentos!
¡Probo! ¡el que ayer era pobre!
¿quién en Madrid ignora esto?
¡y hoy ostenta el tren, el lujo
de un magnate!... ¡mas callemos,
porque se enciende la sangre
al contemplar por qué medios
se elevan los que devoran
la sustancia de los pueblos!

Lesmes. ¡Asi habla usté en mi presencia
de don Miguel! No consiento
que á un ministro...

Fernando. Usted perdone
si faltar pude al respeto
que se debe á esta casa.

Lesmes. Es...

Fernando. Pero dije lo que siento,
que indignado al escuchar
elogio que no es sincero,
no me pude contener,

porque siempre dar anhelo
á cada uno lo que es suyo.

Lesmes. A un ministro no tolero
se le ultraje de ese modo:
¡es un desacato horrendo!
¡Un crimen!

Cab. 1.° En lo mas vivo
hiriòle. (*Bajo al* 2.°)

Cab. 2.° Agradecimiento
de estómago. (*Idem.*)

Fernando. (Si no fuera
porque á Isabel ver deseo,
y vendrá aqui, le contara
las verdades del barquero.)
Ya he dicho á usted dispensase...

Lesmes. ¡Sofocado estoy! Yo temo
que me dé algun accidente;
voy á ver si me refresco.
¡Injuriar al non plus ultra
de los ministros!

Fernando. (Callemos.)

Lesmes. Agradezca usted que ahora
dar escándalo no quiero,
porque un baile al que vendrán
de la corte los primeros
personages, todos, ¡hasta
embajadores! ¡qué veo!

(*Durante esta escena se han visto cruzar diferentes parejas por el salon.*)

Se va llenando el salon.
(Componer mi rostro debo;
diplomático y amable
me mostraré.) Le aconsejo
que otra vez...

Cab. 1.° Pero don Lesmes...

Lesmes. ¡Nada escucho! ¡Uf! ¡me estremezco!
(*Vase precipitado.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, *menos* DON LESMES.

Cab. 2.° ¡Qué gracia! Ya no podia

contener la risa.

Cab. 1.° El viejo
va echando chispas.

Fernando. Vosotros
teneis la culpa: ¡á un sugeto
ensalzar á quien se acusa
de esplotar en su provecho
la hacienda del pais!

Cab. 2.° ¡Toma!
¿Acaso hace algo de nuevo?
Si de la hacienda comun
le encargan, y él está en cueros,
es claro que ha de vestirse,
y que obre tan mal no veo.

Fernando. Contra su administracion
las quejas van en aumento.

Cab. 1.° Pero no son atendidas.

Fernando. ¿Antes no estabais diciendo...

Cab. 1.° ¡Qué inocente eres! proteje
mucho á don Lesmes Laredo,
como que aquel es su hechura,
y hubiera sido indiscreto
si á un hombre que nos da bailes
y banquetes... y que espero
nos dé otros muchos: ¡acaba
de interesarse en el juego
de bolsa! á la alza ha jugado:
suben los fondos de cierto.
¡Tiene muy buenas noticias!
El ministro...

Cab. 2.° Justo. Pero
no entiende de diplomacia
Fernando.

Fernando. Lo que yo entiendo
es de no saber fingir,
porque de honrado me precio.

Cab. 1.° No medrarás en la corte
de esa manera.

Fernando. No medro,
mas me basta mi conciencia.

Cab. 2.° Mas no te sobra dinero,
y en los tiempos que alcanzamos

lo mas positivo es esto.
La conciencia, amigo mio,
en este siglo se ha vuelto
mercancía que se vende
á quien ofrece mas precio,
y el que la tiene es llamado
tonto ó loco: ¡si es efecto
de la civilizacion!...
¡y dirán que no hay progreso!

Cab. 1.° Sí, progreso en las aceras...
porque en lo demas, laus deo.
Pero allí viene el sobrino
digno del tio.

Cab. 2.° El mas necio
de los marqueses.

Cab. 1.° Ahora
con él nos divertiremos.

ESCENA III.

LOS MISMOS. EL MARQUES, *en trage de soiré de toda etiqueta.*

Marques. ¡Hola, amigos! ¿aquí estais?
Muchísimo lo celebro.
¡Y don Fernando de Silva!
Ya sabe usted que le aprecio.

Fernando. Y yo... (*Se dan las manos.*)

Cab. 1.° En tus glorias debes
estar: un baile...

Marques. Confieso
me voy á divertir mucho.

Cab. 2.° ¿Cuántas conquistas has hecho?
La verdad.

Marques. ¡Qué cosas tienes!
Dime: ¿qué tal te parezco?
¿Estoy bien? ¿Vestido en regla?
¿Con elegancia?

Cab. 1.° ¡Soberbio!

Cab. 2.° ¡Eres un Adonis!

Marques. ¡Vaya!

Cab. 1.° Un figurin, un modelo

del arte de vestir bien.
Vas á dar golpe: preveo
que no ha de haber dama alguna
que no seduzcas.

Marques. ¡Qué bueno!

Fernando. (¡Cuánto tarda Isabel!)

Cab. 2.° ¿Tienes
algunas citas? ¿lo menos
una docena?

Marques. Tal vez.

Cab. 2.° ¡Qué picarillo! te has vuelto
un coqueton... ¡qué marido
no te teme!

Marques. ¿Si? ¿eh?

Cab. 1.° Cierto.

Fernando. (¡Aun no he sabido quién es
ese rival que aborrezco!)

Marques. Una gran nueva he de daros.

Cab. 1.° ¿Cuál es? ¿la de tu himeneo?

Marques. No se trata ahora... ¡qué diantre!

Cab. 2.° ¿Pues de qué?

Marques. ¡Será estupendo
el lance! Que vais á ver
á un asturiano os advierto.

Cab. 1.° ¿Cómo?

Marques. Viene de su tierra
aun mas cerril que un jumento.
Ayer llegó.

Cab. 2.° ¿Y esta noche...

Marques. Aqui estará.

Cab. 1.° No le arriendo
la ganancia.

Cab. 2.° El noviciado
debe pagar.

Marques. Eso, eso.
Hay que hacerle rabiar mucho.

Fernando. (¡Ah!)

Marques. ¡Ecce homo!

Cab. 1.° ¡Qué grotesco!

ESCENA IV.

LOS MISMOS. DON TIBURCIO, *vestido con cierta elegancia, aunque embarazado con ella, en medio de* LA MARQUESA *é* ISABEL, *á quienes da el brazo: detras* DON TADEO.

Tiburcio. Llegué por fin mas molido
con el meneo: los coches
me hacen mal. Muy buenas noches.
Marques. Me alegro haya usted venido.
Tiburcio. Gracias.
Marques. (*A don Tadeo.*) ¿Y tambien usté?
(*Suena la música por intervalos.*)
Tadeo. Sí; mas tocan á bailar,
y yo me voy á jugar
al tresillo ó ecarté. (*Vase.*)
Fernando. ¿Isabel? (*Bajo.*)
Isabel. (¡Es Fernando! ¡Oh!)
Marques. ¿Será usted pareja mia? (*A Isabel.*)
Isabel. Tarde acudió usted.
Marques. ¿Seria
posible?...
Fernando. Antes llegué yo.
Marques. (¡Qué diablos! ¡quién lo creyera!
á la otra.)
Fernando. (*Con ironía al marques.*)
Lo siento, amigo.
Marques. ¿Quiere usted bailar conmigo
un rigodon la primera? (*A la marquesa.*)
Marquesa. Con mucho gusto.
(*El marques da el brazo á la marquesa, don Fernando á Isabel, y entran en el salon.*)
Cab. 1.° Ha empezado
el baile. ¿Y usted no viene? (*A Tiburcio.*)
Tiburcio. Iré luego.
Cab. 2.° (*Bajo al* 1.°) (No conviene...)
Eso no, que usted no ha entrado
en esta casa otra vez,
y acompañarle debemos:
tambien le presentaremos
á los amigos.
Cab. 1.° (Pardiez

que va á ser muy divertido.)

Tiburcio. Pero...

Cab. 2.° Vamos.

Cab. 1.° Pronto, si.
Deme usté un brazo.

Cab. 2.° Otro á mi. (*Cada uno le coge de un brazo.*)

Tiburcio. ¡Tiburcio! ¡en qué te has metido!

(*Al entrar en el salon, los detiene don Lesmes.*)

Lesmes. (*A Tiburcio.*)
Si se digna usted oir
una palabra...

Cab. 1.° Hasta luego
en tal caso. (*Se sueltan ambos.*)

Tiburcio. ¿Yo?

Lesmes. Le ruego...
muy pronto he de concluir.

ESCENA V.

DON LESMES. DON TIBURCIO.

Tiburcio. ¿Pero qué quiere? (Me irrito:
me llevan de un lado á otro,
y me hallo como en un potro
con este trage maldito.)

Lesmes. Siéntese usted, que es urgente
y formal lo que ha de hablarse.

Tiburcio. ¿Con que es preciso sentarse
para que hable formalmente?
Bien; aunque de cualquier modo
soy en mis tratos formal;
pero no me viene mal,
porque yo me avengo á todo.

Lesmes. Por fingir no me remuerde
la conciencia; franco soy
tambien, y á decirle voy...

Tiburcio. Al grano; el tiempo se pierde.

Lesmes. (¡Qué ruda impaciencia!) He oido
viene usté á casarse.

Tiburcio. (Sea:
á ver por dónde se apea.)
Si; la verdad ha sabido.

Lesmes. Tan noble franqueza alabo;

(y me hace mal.) Pero creo
no agita á usté un gran deseo...

Tiburcio. (Ya se apeó por el rabo.
Piensa los labriegos son
torpes, y él hábil se cree;
pues al cortesano á fé
que he de darle una leccion.)
La primera parte es cierta;
pero la segunda no,
que adoro á la chica yo,
bien que ella por mí está muerta.
¡Es guapa!... ¡no hay que dudar!
no es facil nos separemos,
que ambos á dos nos queremos,
y con ella he de casar.

Lesmes. (¡Este hombre es un asesino!)
No estraño... (*Balbuciente.*)

Tiburcio. (El viejo tragóla,
y ya no da pie con bola.)

Lesmes. (¿Qué le diria? no atino...
en fin, un esfuerzo haré,
pecho al agua.) Yo dijera,
si ofenderle no supiera...

Tiburcio. ¡Yo ofenderme! no hay por qué.
Hable usted si le acomoda:
soy todo orejas.

Lesmes. (¡Qué escucho!
A ello.) Usted medrará mucho
como renuncie á esa boda.
(La logro si me desnuca.)

Tiburcio. ¿Yo renunciar á su mano?

Lesmes. (Ya se muestra mas humano.)

Tiburcio. ¡Digo, y la novia no es cuca!

Lesmes. Pero en cambio adquirirá
una posicion...

Tiburcio. (*Echando una pierna sobre otra.*)
Me agrada.
¿Pues la que tengo es prestada?
¿qué mas posturas querrá?

Lesmes. (Por conquistar está aun.)

Tiburcio. (Piensa que me mamo el dedo.)

Lesmes. Y daria á usted Laredo

un destino...

Tiburcio. (*Con enojo.*) ¿A mí?

Lesmes. (¡Qué atun!)

Tiburcio. ¡Ahi es un grano de anis!
¿tendria tan poca lacha
que le admitiera? ¿Es mi facha
de vivir sobre el pais?
Para poderme librar
de tan malas tentaciones,
aun tengo cuatro terrones
de tierra de pan llevar.
Con ellos nada ambiciono,
y al labrar mis campos, ¡oh!
mas feliz me creo yo
que el rey mas grande en su trono.
Y eso que ogaño no ha sido
abundante la cosecha,
y mas tributos nos echa
el Laredo maldecido.
A mas de apremios y sisas,
bailes dispuestos con arte,
¡y el lujo! de alguna parte
han de salir estas misas.
¡Qué importan á ese señor
opiparas francachelas,
mientras chupe con gabelas
la sangre del labrador!

Lesmes. ¿Tambien usted con malicia
de Laredo es adversario?

Tiburcio. Yo solo soy partidario
de la ley y la justicia.
Mande Pedro ó Juan, á mí
me es igual; esto es corriente;
pero traten á la gente
como Dios manda, eso sí.
Muy poco me importa el nombre;
para mí todos son unos,
yo no defiendo á ningunos,
quien mejor mande, ese es mi hombre.
Pero que él, ó ambos á dos,
se engorden, y otros esten
sin pan que á sus hijos den,

no es razon, ni ley de Dios.

Lesmes. (Este hombre... soy muy sagaz;
la Inglaterra es quien le envia.)

Tiburcio. El conde mejor haria
en gobernar bien en paz,
que ocuparse en cosa estraña
que no le va ni le viene:
¿él con mi boda qué tiene?
Que se ocupe mas de España.
Ni usted ni él serán mis suegros;
¡y él mis negocios resuelve,
en tanto el pais se vuelve
una merienda de negros!

Lesmes. (Me desaucia: ¡y no me mato!)
Con que es decir... (*Levantándose.*)

Tiburcio. Que yo haré
lo que quiera; porque sé
dónde me aprieta el zapato.
Dispondré de mi pellejo
sin ayuda de vecinos.

Lesmes. (¡Por vida de Calainos!)

Tiburcio. (Qué mal rato he dado al viejo.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON MIGUEL LAREDO.

Lesmes. (¡Es el ministro!...) Señor...

Laredo. Al baile al fin he venido,
y mi palabra he cumplido.

Lesmes. No merezco tanto honor...

Tiburcio. (Debe ser gran personage;
lo dicen sus contorsiónes
y gestos: ¡qué adulaciones!
Me da el mirarlas corage.)

Laredo. (*Hablando aparte con don Lesmes.*)
Con que este es...

Lesmes. El mismo.

Laredo. ¡Ah!
Me escribieron que venia:
no sabe usted todavía
lo que este hombre nos valdrá.

Como la candidatura
ministerial protegiera,
si en ella se le incluyera,
la victoria era segura.
Le aguardaba, y vóile á hablar.

Lesmes. Yo á usted le presentaré.

Tiburcio. (Mucho me miran á fé.
¡Si me querrán retratar!)

Lesmes. Al señor á usted presento,
que es el ministro de Hacienda.

Tiburcio. Ya... si... (Para que la venda.)

Laredo. Celebro...

Tiburcio. (Pues yo lo siento.)

Laredo. ¿Es con quien hablando estoy
don Tiburcio Mendez Nario,
el mas rico propietario
de Asturias?

Tiburcio. El mismo soy.

Laredo. Me alegro de conocer
persona tan principal,
cuya nobleza es igual
á la mia.

Tiburcio. Puede ser.
¿Quién de nobleza responde
segun los tiempos estan,
si á cualquier pelafustan
se le hace en el dia conde?
Uno que pasas vendió
en el año veinte y tres,
hoy se titula marques,
y es tan noble como yo.
Digo, ¡y qué orgullo demuestra!
Mas que el que noble ha nacido,
que este al menos ha tenido
educacion, y la muestra.

Lesmes. ¿No ve que un ministro es quien
le habla?

Tiburcio. ¿Y qué se me da?
Un hombre como otro.

Lesmes. ¡Ya!

Tiburcio. Y menos que otro tambien.
(*Hace un movimiento don Lesmes.*)

Menos que otro, de contado,
si al pais le causa males,
que aunque son todos iguales,
no lo es al justo el malvado.

Laredo. Sé que ejerce usted influencia
en Asturias.

Tiburcio. Sabe mal.
Ninguna tengo.

Laredo. Sí tal.

Tiburcio. (¿Qué me querrá su excelencia?)

Laredo. De usted el gobierno tiene
informes que le honran mucho.

Tiburcio. ¿De mi se ocupa? ¡Qué escucho!

Lesmes. (*Bajo á Tiburcio.*)
¡Qué gran fortuna le viene
á usted á la mano!

Laredo. Asi,
pues soy ministro, he pensado
elegirle diputado...

Tiburcio. ¡Cómo! ¿Diputado á mí?

Laredo. ¿Y esto asombra á usted?

Tiburcio. ¿Lo estraña?
Es natural; yo creía
que el pueblo es quien elegía
los diputados de España.
¿Y sale con el registro
de que sus votos no cuentan?
¿Entonces qué representan?
¿á la nacion, ó al ministro?

Laredo. ¡Oh! es libre la eleccion;
pero el gobierno posée
ciertos medios...

Tiburcio. (*Con intencion.*) Ya lo sé.

Laredo. Y todos legales son.

Tiburcio. Sí; se aumentan en las listas
los electores amigos,
se borra á los enemigos,
se prende á los anarquistas,
y se hacen las elecciones
con libertad absoluta.

Laredo. El gobierno, sin disputa,
á todas las opiniones

abre el campo.

Lesmes. (*Bajo á Tiburcio.*) ¡Voto á Crispo!
¡Sea diputado, simplon!
¿No ve que es un escalon
para ser hasta arzobispo?

Tiburcio. Yo quiero el comun provecho:
¿para que el pais me nombre,
qué hice por él?

Laredo. ¡No se asombre!
Lo mismo que otros han hecho.

Lesmes. (*Bajo á idem.*)
Deje usted de vagatelas.
¡Diputado! ¿Suerte igual
quien logra? ¡Y ministerial!
¡Oh! esto es miel sobre ojuelas.
Entonces podrá saber
secretos de trascendencia,
y á la bolsa en consecuencia
jugar para no perder.
Tendrá usté empleos de sobra;
y por no ser reelegido,
se dice que le ha admitido
sin sueldo... y luego se cobra.
Asi á sus parientes todos
coloca usted; los demas
morirán de hambre quizás,
mas que se coman los codos.

Tiburcio. ¡Oh! no: fuera de mi centro
en un congreso estaria:
¿y cómo me compondria
con la gente de allá dentro?
Progresistas, moderados,
demócratas, liberales
y absolutistas, ¿con cuáles
votar?

Laredo. Nos deja asombrados.
¿No pertenece tambien
á un partido?

Tiburcio. ¿Yo? á ninguno
de esos.

Laredo. ¿Pues á cuál?

Tiburcio. Solo á uno:

al de los hombres de bien.
Todos son dignos de aprecio
si con nobleza defienden
su opinion: los que la venden
por medrar, yo los desprecio.
Mueve á cólera, no á risa,
ver tanto camaleon
que se muda de opinion
como muda de camisa.
El pais está cansado
de escuchar palabras bellas
y pomposas, viendo que á ellas
unos y otros han faltado.
Obran hoy en desacuerdo
con las promesas de ayer:
cuando suben al poder
lo que dije no me acuerdo.
Cuantos gobiernos ha habido
asi obraron.

Laredo. ¡Qué demencia!

Tiburcio. Con muy poca diferencia
todos iguales han sido.
Y los que cuatro terrones
tenemos, siempre esquilmados,
nos hemos visto cargados
de nuevas contribuciones.
¿Y el pueblo? digo: tambien
siempre sufriendo y pagando,
y con su sangre engordando
otros... ¡malditos amen!
Por eso, sin que le ofenda,
digo que ningun partido
de los que á España han regido
merece que lo defienda.

Laredo. ¿Qué quiere usted?

Tiburcio. Que la ley
á los partidos sujete,
y que su fallo respete
lo mismo el pueblo que el rey.

Laredo. (¡Oh! Yo he de ver si consigo
ganar á este hombre.) A fé mia
mañana un placer tendria

en que coma usted conmigo.

Tiburcio. (Por convidarme á comer
piensa me va á convencer;
¿pero qué pierdo con ir?)
Consiento.

Laredo. Bien.

Lesmes. (¡Ha aceptado!)

Tiburcio. Voy á ver bailar.

Laredo. Mañana...

Tiburcio. No faltaré. (Va por lana,
y ha de volver trasquilado.)

ESCENA VII.

DON LESMES. DON MIGUEL LAREDO.

Lesmes. ¿Con que ese hombre influye tanto
en Asturias?

Laredo. Si él quisiera,
alli el triunfo nuestro fuera;
vea usted si importa.

Lesmes. ¡Me espanto!
¿Quién lo habia de decir?
Mas ya dudarlo no puedo.

Laredo. Seis diputados á Oviedo
aun le falta que elegir.
Es el peligro inminente;
que en el congreso obtendria
el gobierno mayoría
con sus votos justamente.
Si triunfa la oposicion,
es segura mi caida.

Lesmes. Y yo perderé en seguida
de Rentas la direccion.
¿Y no se hallará algun medio
para poder evitar...

Laredo. He aconsejado á usted dar
este baile...

Lesmes. ¡Y no hay remedio!
Porque solo á él han venido
diputados con que cuenta
el gobierno, y no se aumenta

el número: (estoy perdido.)

Laredo. De esta manera pensé
de la oposicion á alguno
conquistar, mas si ninguno
vino...

Lesmes. Y yo los convidé...

Laredo. Prueba que al fin han resuelto
de censura un voto darme.

Lesmes. Querrán mi empleo quitarme
tambien: (pues yo no le suelto.)

Laredo. Supe acaba de llegar
ese hombre: rico y honrado,
en su pais es amado,
y él nos pudiera salvar.
Mientras nuevas elecciones
se hacen, el tiempo se gana
con un decreto mañana
suspendiendo las sesiones.

Lesmes. Adivinará el misterio
el pais.

Laredo. ¿Qué importa pues?
Lo que ha de importarnos es,
que no caiga el ministerio.

Lesmes. ¡Por supuesto! ¿Y la jugada
de bolsa...

Laredo. No saldrá mal.

Lesmes. Si un contratiempo fatal...

Laredo. Digo que está asegurada.
El papel del tres por ciento
subirá sin duda alguna
un diez ó mas.

Lesmes. ¡Qué fortuna!
(Con cuatro millones cuento.)

Laredo. Algunos capitalistas
juegan á la baja, á ver
si lanzarme del poder
logran.

Lesmes. ¡Pues! ¡Los anarquistas!
¡Si con nada se contentan!
¿Qué quieren?

Laredo. Ellos se entienden:
mi puesto es lo que pretenden.

Lesmes. Mas sin la huéspeda cuentan.
Laredo. Muchos son los diputados
que me combaten: con todo,
yo sabré encontrar el modo
de que se queden burlados.
Lesmes. Si alguna interpelacion
formulasen...
Laredo. Puede ser.
Lesmes. ¿Qué hará usted?
Laredo. No responder,
y se acaba la cuestion.
Sabré valerme ademas
de otro medio.
Lesmes. ¿Cómo?
Laredo. Dando
á unos, á otros halagando
con promesas, y quizás
venza sus antipatias
con semejantes razones,
porque tales variaciones
las vemos todos los dias.
Pero hablando de otra cosa...
es preciso que al momento
se celebre el casamiento:
la marquesa es rica, hermosa;
conviene á usted esa union.
Esta noche la hablaré,
y todo lo arreglaré.
Lesmes. ¿Y si muestra oposicion?
Laredo. Que no la muestre prometo.
¡Oh! la marquesa es mi amiga,
y hará cuanto yo la diga.
(Soy dueño de su secreto.)
Pero ir al baile debemos
antes que noten estamos
solos aqui.
Lesmes. Es verdad; vamos,
y que sospechar no demos.
(*Vanse por la derecha, y por la izquierda salen la marquesa y el marques.*)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. EL MARQUES.

Marques. ¡Qué calor en el salon!
no se puede tolerar;
me he temido sofocar
en aquella confusion.
Marquesa. Cierto que el baile es brillante.
Felicitaré á su tio.
Marques. ¡Si el pensamiento fue mio!
Como soy tan elegante,
y en el alto tono estoy,
lo he dispuesto de manera
que el baile furor hiciera,
y lo he logrado.
Marquesa. A usted doy
el parabien. (¡Mentecato!)
Marques. ¿Ha visto usted qué beldades!
Todas notabilidades,
y con todas yo me trato.
¡Oh! ¡mi posicion social!
Seré... ya es cosa arreglada,
secretario de embajada,
luego embajador...
Marquesa. Cabal.
Marques. Y hasta ministro: ¡quién sabe!
de ministro vocacion
yo tengo, y de la nacion
no regiré mal la nave.
Al fin no soy un bodoque,
bien entiendo esos registros;
¡se hacen hoy tantos ministros!...
Marquesa. Sí: (de cualquier alcornoque.)
Marques. ¿Ha visto usted á su hermana?
Marquesa. En el salon debe estar,
mas no la pude encontrar:
¡con tanta gente!
Marques. (¡Ah tirana!
¡Irá con el otro... pues!
Y bien, ¿qué me importa ella?)
Del baile, marquesa bella,

quien brilla mas usted es.

Marquesa. ¿Yo?

Marques. Sí, usted sola: ha eclipsado
á todas esa hermosura:
¡quién tuviera la ventura
de poseer tal dechado!

Marquesa. Yo las lisonjas no aprecio.

Marques. No: que soy justo y rendido
á un rostro que ha seducido
mi corazon.

Marquesa. (¡Ay! ¡qué necio!)
Usted se burla.

Marques. No tal.

Marquesa. ¿Poseyéndole Isabel,
qué parte ocupo yo en él?

Marques. ¡Cómo! ¿usted? La principal.
(Tiene celos; ¡soy dichoso!
Y yo no sé en qué consiste,
ninguna se me resiste:
soy un hombre peligroso.)

Marquesa. Conserve usté ese lugar
para mi hermana.

Marques. Eso no;
usted no mas consiguió
mi corazon cautivar.

Marquesa. Lo mismo ha dicho usté á ciento
en el baile.

Marques. Broma fue
por reirme: ¡pero qué!
¡por usted sola lo siento!
El mirarla me embelesa;
¡yo deliro!... (¡Ay! ¡qué placer,
si vienen á mi poder
las rentas de la marquesa!)

Marquesa. Si á usted mi hermana escuchara...

Marques. ¿Qué importa? yo la diria
nos amamos, y tendria
celos, mas... ¡que se curara!

Marquesa. ¿Que yo amo á usted?

Marques. Ya es en vano
me oculte usted lo que veo.

Marquesa. ¡Pero marques!

Marques. ¡Si yo leo
en el corazon humano!
Marquesa. (¡Hombre tan necio hase visto!
¿Mas á qué he de incomodarme?)
Marques. (No puede dejar de amarme;
porque ¿á quién yo no conquisto?)
Marquesa. No ignora mi enlace acaso...
Marques. ¿Con mi tio? ¡buen rival!
¡Si aquello es un carcamal,
y no sirve para el paso!
Con el reuma, y la tos,
la gota...
Marquesa. (¡Idea cruel!)
Marques. ¡La que cargase con él,
se lucia, como hay Dios!
Marquesa. ¿Asi habla usted de su tio?
Marques. Yo no le falto al respeto.
mas que le ceda el sugeto
que yo adoro, es desvario.
En tal caso soy primero,
porque al cabo hay diferencia
de él á mi: gentil presencia,
jóven, sano... y...
Marquesa. (¡Majadero!)
Marques. Sobre todo... sano. ¿Al fin
no dirá usted que me adora?
Marquesa. ¿Pues no lo adivinó ahora?
Marques. Sí, mi bello serafin.
Marquesa. (Si lograra que se fuera...
una idea me ha ocurrido.)
Mi hermana aqui no ha venido:
si á rogarle me atreviera...
Marques. Diga usted: su esclavo soy.
Marquesa. Entonces le pediria
fuera usted...
Marques. ¡Marquesa mia!
volando en su busca voy.
Una palabra no mas.
¿Me quieres?
Marquesa. (*Con burlona sonrisa.*) Con desvario.
Marques. ¿Me prefieres á mi tio?
Marquesa. ¿Pues no?

Marques. ¿Y celos tendrás?
Marquesa. ¡Oh! nunca: lo juro yo.
(¡Qué simple!)
Marques. (Me adora.) ¿En mi confianza tienes?
Marquesa. ¡Oh! Sí.
Marques. ¿Y me olvidarás?
Marquesa. ¡Ah! No.
Marques. Entonces nada me aterra.
¡Qué envidia me va á tener
mi tio! ¡Oh! ¡voy á ser
el mas feliz de la tierra!

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

Gracias á Dios que se fue.
¡Qué tonto! no tiene igual.
¡Y que á mostrarme risueña
me obligue la sociedad,
cuando siento que destroza
mi pecho agudo puñal!
¡Ser esposa de don Lesmes
sin inspirarme amor! ¡ah!
y si le niego mi mano,
ese secreto fatal
que oprime mi alma, Laredo
al punto revelará...
¡qué hacer! ¡Hermana querida!
¡Me debo sacrificar!
Finge, corazon, que gozas;
fingiendo mucho, quizás
se adormezcan mis pesares,
y se mitigue mi mal.

ESCENA X.

LA MARQUESA. DON TIBURCIO, *sin ver á aquella, que estará sentada á cierta distancia.*

Tiburcio. ¡Válgame Dios lo que sudo!

¡qué calor tan infernal!
¿Y á esto llaman en la corte
divertirse? ¿esto es gozar?
Uno me empuja de un lado,
y el otro me empuja mas,
y le pegué un pisoton
sin poderlo remediar
á una señora, y creí
que me llamaba animal.
¡Qué baile tan raro aquel!
tantas parejas que van
y vienen de un lado á otro
dando vueltas sin cesar
como si fueran las norias
que hay en mi pueblo: ademas
tantas luces, la cabeza
llegáronme á marear,
de modo que si no salgo
del salon, beso quizás
el suelo, y doy que reir
á todos los que allí estan.
Asi como asi, mirábanme
con mucha curiosidad
unos zánganos que casi
me llegaron á cargar.
¡Y se reian!... ¡por poco
no hago una barbaridad!
¡Pero qué miro!... mi prima...
Marquesa, ¡qué sola estás!

Marquesa. ¡Ah! primo...

Tiburcio. Si te molesto
me retiraré.

Marquesa. No tal.

Tiburcio. Con franqueza; porque á mi
no me gusta incomodar.

Marquesa. ¡Oh! la presencia de usted
no me incomoda jamas.

Tiburcio. Gracias: eres muy amable
y muy guapa, ¡voto á San!...
Pero parece te encuentro
triste, y en tal soledad,
retirada del bullicio

del baile...

Marquesa. Por descansar
un rato vine á esta sala;
me habian pedido un vals,
y por no bailarle...

Tiburcio. ¿Cómo?
¿tú te cansas de bailar?
á fé que no las sucede
otro tanto á las demas.
¡Y ellos! vaya: ¡no comprendo
que pueda un hombre formal
ponerse tieso, estirado,
ostentando gravedad
cual si fuera un diplomático
por no perder el compas!

Marquesa. Tambien me he venido huyendo
de una turba pertinaz
de aduladores y fátuos
que se agitan sin cesar,
y ¡ay de la infeliz que cogen
por su cuenta! aturdirán
sus oidos con lisonjas
necias; si alguna quizás
sobresale por su trage,
aunque no por su beldad,
los que en su vida la hablaron
no la dejan respirar
libre un instante; aparentan
que profunda intimidad
tienen con ella; la acosa
á sandeces cada cual;
lo que menos la interesa
por hablar de algo dirá;
si cantó bien el tenor,
y la prima donna mal,
y echándola de maestro
que no llegó al mí ó al fá;
que estuvo desierto el Prado,
la comedia fue fatal,
¡y hasta los bancos debieron
al pobre autor arrojar!
Y el diluvio de palabras

resignada sufrirá
con la sonrisa en los labios,
aunque agite algun pesar
su corazon, que esto exige
nuestra culta sociedad.

Tiburcio. (¡Atónito me ha dejado!
bien se ha sabido esplicar.
¡Y ella siendo cortesana
pudo hacer pintura igual!)
¡Por lo que has dicho, presumo
que tu pecho sentirá
algun tormento, y quisiera
podértelo disipar!

Marquesa. (¡Es muy sensible y sincero!)
Aprecio tanta bondad.

Tiburcio. Déjate de cumplimientos
inútiles por demas.
Si en algo puedo servirte
no tienes mas que mandar;
¡que yo te inspire á lo menos
confianza fraternal!

Marquesa. (Si yo le dijera...)

Tiburcio. ¿Aun dudas?
Háblame con claridad:
mas, ¿qué recuerdo? ha mostrado
don Lesmes interes tal...
Por otra parte, mi tio
tambien me habló de casar
á mi prima, si á su mano
renunciaba yo... esto es; ya
he adivinado el motivo
de tu afliccion.

Marquesa. ¿Usted? ¿Cuál?...

Tiburcio. Lo sé. Casarte pretenden,
y contra tu voluntad.

Marquesa. No he dicho... (*Turbada.*)

Tiburcio. ¿Tengo razon?
¿Y á un viejo te quieren dar
por marido? (¡Ella tan guapa!
y es que gustándome va
mas y mas cuando la miro.
Si me fuera á enamorar...

¡pero cá!) Dime: ¿he acertado?

Marquesa. No ocultaré la verdad.
Es cierto.

Tiburcio. Y no es de tu gusto...

Marquesa. ¿Cómo ha de serlo jamas,
si el alma mia no anhela
su posicion ni caudal?
Sin fausto disfrutaria
de dulce felicidad
en la mas humilde aldea,
como llegara á encontrar
un corazon que me amara
tan franco y noble... (pero ¡ah!
para mi murió la dicha;
recuerdo horrible; ¡piedad!)

Tiburcio. (Vaya que tiene mi prima
cierto modo de pensar
igual al mio.) No temas:
esa boda no se hará.

Marquesa. ¡Es imposible!

Tiburcio. ¿Imposible?

Marquesa. (¡Cómo le he de revelar
el secreto de que abusa
Laredo!)

Tiburcio. Ya lo verás.
No has de casarte con él,
ó los sordos nos oirán.

Marquesa. El ministro con mi tio
se empeña...

Tiburcio. Y no se saldrá
con la suya.

Marquesa. ¿Cómo?

Tiburcio. Digo
que se pueden empeñar
todos los ministros juntos,
pero no te casarás.

Marquesa. (Si supiera... nunca, no.)

Tiburcio. Todo trastornado está
en nuestra patria: ministros
que, lejos de gobernar,
en domésticas intrigas
se ocupan, mientra otros hay

que de su casa no saben
los asuntos manejar,
y los da por dirigir
los del pais: ¡así va
ello! ¡la nacion lo paga!
¡y viva la libertad!

Marquesa. Pero usted...

Tiburcio. Lo dicho dicho.
Voy á tener que luchar
con diplomáticos: ¡bueno!
mayor la gloria será.

Marquesa. ¡Cielos! ¡el marques! no puedo
su presencia tolerar.
Y mi hermana... voy con ella.

Tiburcio. ¡Veremos quién puede mas!

(*La marquesa se ha ido por la derecha sin ser vista del marques, que sale por la izquierda.*)

ESCENA XI.

DON TIBURCIO. EL MARQUES.

Marques. La marquesa no está aqui.
¿Usted la ha visto?

Tiburcio. ¿Yo? no.
(Por no verte se marchó.)

Marques. Volverá.

Tiburcio. (La espalda, sí.)

Marques. Vamos; ¿qué le han parecido
á usted sus primas?

Tiburcio. Muy bien...

Marques. Me alegro; que á mí tambien
las dos... pues... (*Con malicia.*)

Tiburcio. ¿Qué? (¿Mal no he oido?)

Marques. Digo que no es á ninguna
mi persona indiferente.

Tiburcio. ¿Qué dice?

Marques. Principalmente
la marquesa... ¡qué fortuna!
soy el hombre mas dichoso...
á las mugeres domino;
¡si para eso tengo un tino

particular, asombroso!
¿Y quién se muestra cruel
conmigo? locura fuera.

Tiburcio. ¿Y á qué viene...

Marques. ¡Si supiera!...
(Sin duda me será fiel,
y bien le puedo encargar
el secreto: ¡si por Dios!)
Que esto quede entre los dos:
usted no querrá abusar...

Tiburcio. Pero... (¿Qué me irá á decir?)

Marques. ¿Promete usted que ninguno
lo sabrá?

Tiburcio. Sí. (¡Qué importuno!)

Marques. Es inútil prevenir...
Como soy tan reservado
no me gusta...

Tiburcio. (Bien se ve.)

Marques. Pero á usted lo contaré
de pé á pá.

Tiburcio. ¿Qué he sospechado?
Mi prima Isabel quizás...

Marques. Las dos me adoran.

Tiburcio. ¡Qué escucho!
¿Isabel acaso?...

Marques. ¡Mucho!

Tiburcio. ¿No su hermana?

Marques. ¡Mucho mas!

Tiburcio. ¡Imposible!

Marques. Hace un momento
que ella, la misma marquesa,
me ha declarado ¡oh sorpresa!
su atrevido pensamiento.

Tiburcio. Loco está, por no decir
otra cosa.

Marques. ¿Qué?

Tiburcio. Que es necio,
y que merece desprecio
quien tal llega á proferir.

Marques. ¿Cómo?

Tiburcio. Lo dicho. Que es mengua
hablar asi de una dama,

y á quien tan torpe la infama
debieran cortar la lengua.

Marques. Me dará satisfaccion.

Tiburcio. ¿Con que él á una dama ofende,
y aun satisfaccion pretende?
¡Vive Dios! que es sinrazon.

Marques. (Es cobarde, y ademas
yo sé tirar al florete.
Voy á ponerle en un brete.)
Retráctese usté, ó...

Tiburcio. Jamas.

Marques. Entonces le desafio.
Elija usté armas.

Tiburcio. ¡Qué oí!
¿Y me desafia?

Marques. Sí.

Tiburcio. (¡Pues me he metido en buen lío!)
Mas y mas vóime asombrando.
¡Lo que en la corte sucede!
¿Quién la verdad decir puede,
si es la verdad contrabando?

Marques. Pronto una satisfaccion,
ó á batirnos.

Tiburcio. Loco está.
¿Quien mate al otro, tendrá
por matarle mas razon?

Marques. Lo exige el honor.

Tiburcio. Simpleza.
¿Con que por honor se entiende
lo que á la justicia ofende?
Yo lo tengo por bajeza.
La razon es lo primero,
y si esto la contraría,
será honor falso, á fé mia,
pero no honor verdadero.

Marques. (Tiene miedo.) La pistola,
el florete, á su eleccion.

Tiburcio. Fuera mejor un cañon.

Marques. O con sable.

Tiburcio. Dale, bola.
Supuesto que quiere guerra,
bien: podemos á trancazos

batirnos, ó á puñetazos:
si le doy uno, hombre á tierra.

Marques. No es arma de caballeros.

Tiburcio. Mas son las que Dios me ha dado,
porque yo no he manejado
en mi vida otros aceros.

Marques. A mí nada me interesa...
Admita usted, ó si no
diré que es cobarde.

Tiburcio. ¡Yo
cobarde! (¡Y por la marquesa!)

Marques. Y la sociedad entera
escupirá á usté á la cara.

Tiburcio. Es que la lengua arrancara
al que á hacerlo se atreviera.

Marques. Todos le señalarán
con el dedo.

Tiburcio. (Puede ser.)

Marques. ¡De tan torpe proceder,
es claro, se mofarán!

Tiburcio. (¡Cielos! Mi padre al morir
me encargó, no lo he olvidado,
procediera como honrado,
y el duelo debo admitir.
¡Me matará!) Estoy dispuesto.
(Y mi familia despues...
pero antes el honor es,
ya que se llama honor esto.)

Marques. ¿Con que accede usted?

Tiburcio. Al punto
ir á batirnos podemos.

Marques ¿Las armas?

Tiburcio. Las buscaremos.
(Ya me cuento por difunto.
Pero á mi prima ultrajar
consentirlo no podia.)
Vamos presto.

Marques. No creia...

Tiburcio. (Pues señor, me va á matar!)

(*El marques y Tiburcio se van por la derecha; por la izquierda salen la marquesa y don Miguel Laredo.*)

ESCENA XII.

LA MARQUESA. DON MIGUEL LAREDO.

Laredo. Solos aqui sin testigos
podemos hablar.
Marquesa. ¡Gran Dios!
Laredo. Ya sabe usted que los dos
somos muy buenos amigos.
Que por su bien me intereso
no ignora.
Marquesa. (En mi daño sí.)
Gracias.
Laredo. Nunca á usted la vi
tan bella.
Marquesa. Dejemos eso.
Usted cual buen cortesano
de lisonjero hace gala.
Laredo. ¡Oh! no: que ninguno iguala
á ese rostro sobrehumano.
Y no me admira en verdad
que don Lesmes con delirio
adore á usted.
Marquesa. (¡Qué martirio!)
Laredo. Y esclavo de esa beldad,
de que usted calme sus penas
anhela el feliz instante,
que para un esposo amante
dulces serán las cadenas.
Asi, en su nombre la mano
de usted me atrevo á pedir.
Marquesa. ¡Cielos! Debe desistir
de ese empeño, que es en vano.
Laredo. ¿En vano dice usted? Yo
en ello tengo interes,
y creia...
Marquesa. Si no es
un desaire á usté, eso no.
Mas usted, que de apreciarme
tanto blasona, no creo
quiera con ese himeneo

el sosiego arrebatarme.
(¡El sosiego! dije mal:
hace tiempo le he perdido.)

Laredo. Será escelente marido
don Lesmes: tiene caudal,
grande influencia tambien,
y goza mi proteccion:
estos sus títulos son...

Marquesa. Que yo miro con desden.
Para que mi esposo fuera,
sus títulos no mirara,
si no que mi alma le amara,
si amarle mi alma pudiera.
Que esto, señor, no es posible
conoce usted bien, y así
no pretenda usted de mí
sacrificio tan horrible.

Laredo. Creí que se hallase usté
á ello ya determinada;
mi palabra está empeñada,
y la he de cumplir á fé.
Fiel un secreto he guardado
como caballero hasta hoy,
pero en mi derecho estoy
si usted...

Marquesa. ¡Gran Dios! ¡qué he escuchado!
¿Fuera usted capaz...

Laredo. De nada
si accede á lo que la pido,
por el interes movido
que me inspira.

Marquesa. (¡Desgraciada!)

Laredo. De todo, si mal me deja
con un amigo á quien quiero.

Marquesa. ¡Hombre cruel! ¿No es primero
lo que el honor aconseja?
¿Porque soy débil muger
sacrificarme pretende?
¡Y en un hombre se comprende
tan villano proceder!
¡Por ser á un amigo leal
quiere perder á una dama!

Caballero usted se llama;
pero no obra como tal.

Laredo. ¡Pero marquesa!...

Marquesa. Ya entiendo.
¿Le ha ofendido mi lenguaje?
Mas perdone usté el ultraje
á quien tanto está sufriendo.
Que si mi dolor provoca,
y no cabe en mi pecho él,
es claro que envuelto en hiel
ha de salir por la boca.
¿Qué daño hice á usted jamas
para que asi me persiga?

Laredo. Ya sabe usted que es mi amiga,
y por su bien nada mas
que dé usted la mano anhelo
á don Lesmes, que la adora;
con que ceda usted, señora.

Marquesa. ¡Yo su esposa! ¡Santo cielo!
No puede ser, ¡nunca! no.

Laredo. ¿Es decir que usted desea
que haya guerra entre ambos? Sea.
No tengo la culpa yo.

Marquesa. ¡Oh! de un secreto terrible
abusa usted torpemente:
¡Laredo! soy inocente,
pero su alma es insensible.
¡No he padecido bastante
en dos años de tormento,
que aun goza en mi sufrimiento
su corazon de diamante!
Ni una hora de dulce calma
el alma disfrutar suele,
aunque el rostro no revele
el hondo pesar del alma.
Y asi no cause á usté enojos
que en mi triste situacion,
brotando del corazon
asome el llanto á los ojos.

Laredo. Enjugue usted ese llanto.
Don Lesmes... (*Al verle.*)

Marquesa. ¡Fatal suplicio!

¡Que he de hacer el sacrificio
de fingir sufriendo tanto!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON LESMES. CABALLEROS 1.° y 2.°

Lesmes. No puede ser. (*A los caballeros.*)
Cab. 1.° ¡Cuando yo,
señor don Lesmes, lo afirmo!
Laredo. ¿Qué ocurre?
Lesmes. ¿Qué ha de ocurrir?
que en este momento mismo
estan batiéndose...
Laredo. ¿Quiénes?
Lesmes. Ó acaso habrá perecido
uno de los dos. Quién sabe
si ambos á un tiempo.
Marquesa. ¡Dios mio!
Laredo. ¿Quiénes se han desafiado?
Acabe usted.
Lesmes. Mi sobrino,
y el primo de la marquesa.
Marquesa. ¡Ah! ¿qué dice usted? ¿Mi primo
y el marques?
Cab. 2.° No hay duda alguna;
salir á los dos he visto
con don Antonio Meneses,
que del marques es padrino,
y don Fernando de Silva
del asturiano.
Marquesa. ¡Qué he oido!
¡Por favor!... vayan ustedes,
aun será tiempo, es preciso
que se evite á todo trance
una desgracia.
Laredo. (Me admiro
del interes que demuestra;
para un pariente es muy vivo.
Si fuera...)
Marquesa. ¿No va ninguno?
¡Cielos!

Lesmes. Yo estoy sin sentido,
y no sé qué hacer.

Cab. 1.° El lance
es imposible impedirlo.
Es cosa muy delicada,
y por lo que el marques dijo
comprendí le ha motivado...
(*Mirando con intencion á la marquesa.*)

Lesmes. Alguna dama: de fijo.

Cab. 1.° Usted lo acertó, don Lesmes: (*Idem.*)
cierta señorita ha sido
la causa.

Lesmes. ¡Pues! ¡no decia!...
siempre por ellas. ¡Maldito!
¡Ah! perdone usted, marquesa,
de mi mente el estravio.

Cab. 2.° Parece que la ofendia,
y el otro la ha defendido,
y obró como caballero;
por ello su suerte envidio.

Laredo. (A ella alude.)

Marquesa. (Soy la causa
de ese fatal desafio.
Por defenderme: ¿esto mas?
¡qué corazon!)

Cab. 1.° Y concibo
que el marques una estocada
pegue al otro; es muy sencillo.
¡Si es un profesor de esgrima!

Marquesa. (Yo tiemblo. Si sale herido...)

Cab. 2.° ¡Va á matarle! de seguro.

Marquesa. ¡Qué horror!

Lesmes. ¡Y será un conflicto!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. DON TIBURCIO. DON FERNANDO.

Tiburcio. ¡Ja, ja, ja! ¡Fue bueno el lance! (*Riendo.*)

Lesmes. ¡Calla! (*Asombrado.*)

Cab. 1.° Es él.

Marquesa. (Respiro ya.)

Laredo. No se habrán batido. ¡Bah!
Lesmes. ¿Tuvo usted algun percance?
¿Sin duda le ha herido?
(*Va á examinarle, y Tiburcio le aparta.*)
Tiburcio. ¡Oh! ¡oh! (*Riendo.*)
Lesmes. ¿Y se rie? Ya adivino:
por fingir... mas mi sobrino
¿dónde se halla?
Tiburcio. ¡Y qué sé yo!
Marquesa. Cierto que el marques no ha entrado.
Cab. 2.° Tendria gracia...
Lesmes. (¡Qué idea!
¿si habrá sido él...) No es que crea...
¿pero dónde se ha quedado?
Fernando. Toca responder á mi,
que he sido padrino...
Tiburcio. Mio.
Laredo. ¿Segun eso el desafio
se ha verificado?
Fernando. Sí.
Debo la verdad contar;
porque en ello interesado
está el honor de mi ahijado,
y asi no puedo callar.
Ignoro aun si paró
de correr el marquesito.
Lesmes. ¿Qué dice usted? No permito...
Fernando. ¡Digo que á correr echó!
Laredo. ¿Es posible?
Fernando. A las primeras
cuchilladas...
Lesmes. ¡Cómo! ¿Qué?...
(¡Oh afrenta!)
Tiburcio. Yo solo sé
que le tiraba de veras.
Por cierto no las tenia
todas conmigo: jamas
manejé armas, y ademas
es la noche muy sombria.
Al Prado nos dirigimos,
y en verdad causaba risa
cuando en mangas de camisa

facha á facha nos pusimos.
No sabia qué hacer, pues
á todas partes miraba,
y en todas partes me hallaba
con el sable del marques.
Seguro de que iba á herirme,
¿qué hago? Cabeza agachar,
luego los ojos cerrar
y arremeterle de firme.
Los primeros golpes, sí,
dieron en blando y en duro:
los otros no lo aseguro,
pienso que al viento los dí.
Y molido por demas,
cuando descansar deseo
abro los ojos, no veo
al marques, y no sé mas.

Marquesa. (¡Ah! ¡qué placer he sentido!)

Cab. 1.° ¿Y su padrino?

Fernando. Se fue
en su busca.

Lesmes. (¡Qué escuché!
siento que el ministro ha oido...
Para que fuera nombrado
secretario de embajada
su influencia está empeñada
con el ministro de Estado;
y si ahora...) ¡El demonio es
mi sobrino! Apuesto yo
á que por broma corrió.
¡Si son cosas del marques!

Fernando. Sí; pero es cosa muy rara.

Tiburcio. Pues de broma no le dí;
y de haber estado allí
pudo salirle bien cara.

Laredo. (Mis sospechas apurar
quiero.) El parabien dé usté (*A Tiburcio.*)
á la marquesa.

Tiburcio. ¿Y por qué?

Marquesa. (¡Oh!)

Laredo. Porque se va á casar.

Marquesa. Yo..., (*Turbada.*)

Laredo. Si usted me contradice
publicaré... (*Bajo á la marquesa.*)
Marquesa. ¡Por favor! (*Idem.*)
Laredo. Ahora mismo... (*Idem.*)
Marquesa. ¡Ah!... si señor;
apoyaré lo que dice. (*Idem.*)
Tiburcio. Tú...
Marquesa. Cierto. (No puedo mas.)
Buscar á mi hermana quiero.
¿Se digna usted, caballero...
(*A don Fernando.*)
Fernando. Me honro en ello.
(*Dándola el brazo: vanse.*)
Lesmes. Voy detras.
(*Don Lesmes los sigue.*)

ESCENA XV.

(*Al irse á marchar don Miguel Laredo, le detiene don Tiburcio.*)

DON TIBURCIO. DON MIGUEL LAREDO.

Tiburcio. (Todo lo comprendo yo.)
Una palabra.
Laredo. ¿A mí?
Tiburcio. Pues:
¿con que se casa?
Laredo. Asi es.
Tiburcio. Es que yo digo que no.
Laredo. ¡Ah! ¿usted? (*Con burlona sonrisa.*)
Tiburcio. Yo.
Laredo. A risa mueve...
Tiburcio. Aunque al oirlo se ría,
no se casará á fé mia;
que hay obstáculo, y no leve.
Laredo. (Sería acaso...) ¿Qué ha dicho?
¿hay un obstáculo grave?
Tiburcio. ¡Y tanto! Mas si lo sabe,
¿á qué pregunta? Es capricho.
(Digo; pretende forzar
su voluntad...)

Laredo. (¡Oh! Si él fuera,
y arrepentido... pudiera
mis planes desbaratar.)
Y dice usted...

Tiburcio. Lo que digo:
que es en vano el molestarse,
por que ella no ha de casarse,
y á conseguirlo me obligo.

Laredo. ¿Qué interes...

Tiburcio. No es de su cuenta.

Laredo. ¿Sabe usted que habla...

Tiburcio. Lo sé.
¿Con un ministro? ¿Y bien, qué?
¿Un ministro me amedrenta?
Cuando la injusticia siento,
y defiendo la razon,
no teme mi corazon
á un ministro, ni aun á ciento.

Laredo. Pregunto á usted...

Tiburcio. Y respondo
soy capaz, pese á mi estrella,
de casarme yo con ella.

Laredo. ¡Usted!...

Tiburcio. Y punto redondo.

(*Marchándose hácia el salon, y dejando á Laredo asombrado.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Chorizit y Grande.

Acto tercero.

Sala elegantemente amueblada en la casa de la marquesa. Puerta al fondo y laterales que conducen á un gabinete y á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

DON TIBURCIO. DOMINGO.

Domingo. Gracias á Dios, amo mio,
que se encuentra bueno y sano:
estuvo en cama ocho dias...
no tome otra vez un pasmo
como la noche de marras.

Tiburcio. Fue una atrocidad quitarnos
las levitas; y la noche
era tan fria... ¡qué diablos!
Y ademas haber salido
del salon tan sofocado;
¡qué habia de suceder!
pero si he de hablarte claro
de la enfermedad sufrida
te digo que me he alegrado.

Domingo. ¿Es posible?

Tiburcio. Como lo oyes.
Mi prima, ese angel humano,
ya comprendes, la marquesa,
ni un instante se ha apartado

de mi cabecera.

Domingo. Es cierto.
¿Qué médico vale tanto?

Tiburcio. Dices bien: tierna y amable
me prodigó mil cuidados,
delicadas atenciones;
confieso que me ha hechizado
su conducta.

Domingo. ¡Y su genial
es tan bueno! Y lo mas raro
es que siempre triste, trata
con buen modo á los criados,
y no hay un solo infeliz
que no se acoja á su amparo
sin que le socorra al punto.

Tiburcio. ¡Qué corazon tan hidalgo!
No creia que en la corte
pudiera haber encontrado
un alma como la suya,
y me voy desengañando
de que pueden existir
en Madrid como en el campo
personas de sentimientos
muy generosos y honrados.
En cuanto á mi prima, es mona,
y tengo mi alma en mi armario,
y pudiera suceder
que me enamorase; al cabo
¡ella es tan guapa! y por cierto
yo no soy de cal y canto.

Domingo. Cuando yo á usted le decia...

Tiburcio. Pues creo que has acertado.
Pero ahora que me acuerdo...
ayer recibí un despacho,
ó como se llame... en él
resulta soy diputado
por Asturias; en segundas
elecciones me nombraron
sin saber yo nada, y pienso
renunciar: ¡si yo no valgo
para ser representante
del pais!

Domingo. ¡Ay! ¡mi amo! Cuántos
valen menos, y codician
ese puesto sin embargo.
Se me olvidaba decirle
que ha venido don Fernando
á saber de su salud.

Tiburcio. ¡Mi padrino! ¡buen muchacho!
Ama á Isabel, y esa boda
de realizarla me encargo.
Pero entra aqui un caballero:
déjame solo.

Domingo. Me marcho.
¡Oh! de esta hecha don Tiburcio
á Asturias vuelve casado.

ESCENA II.

DON TIBURCIO. UN DIPUTADO.

Diputado. Caballero, beso á usted
la mano.

Tiburcio. Y yo á usted la suya,
aunque no tengo el honor...

Diputado. El honor es mio.

Tiburcio. En suma,
¿quién es usted?

Diputado. Gil Meneses,
un diputado por Murcia,
y compañero de usted.

Tiburcio. ¡Ah! ¿con que es... tome si gusta
asiento.

Diputado. Gracias: usted
deberá estrañar sin duda
esta visita.

Tiburcio. En efecto.

Diputado. Dispense usted; pero apuran
las circunstancias de modo,
que el Estado se derrumba
si los hombres que anhelamos
labrar su gloria y ventura
solícitos no acudimos
á sostenerle.

Tiburcio. ¡Me asusta!
¿Qué es lo que pasa, y en qué
puedo ser útil?
Diputado. Hay una
crisis terrible, espantosa,
y si el ministerio triunfa
en la importante cuestion
que hoy se discute, la tumba
se abre al pais sin remedio;
vea usted si es de urgencia...
Tiburcio. Y mucha.
Pero yo ignoro...
Diputado. Usted es
diputado por Asturias.
Tiburcio. Pues piense que no lo soy.
Diputado. ¿Como?
Tiburcio. Porque mi renuncia
voy á dar.
Diputado. ¿Qué dice usted?
¿Renunciar? ¿Usted calcula
los males que causar puede
al pais?
Tiburcio. ¿Yo?
Diputado. En usted funda,
como en otros, su esperanza.
Tiburcio. No puede fundar ninguna
en mi; ni aun sabe que existo:
porque ¿quién de ello se ocupa?
Diputado. Pues Asturias le ha elegido
su diputado; esto anuncia
que confia obra usted como
á sus intereses cumpla.
Tiburcio. ¡Oh! si de mi dependiera
de mi patria la fortuna,
hasta mi sangre daria
por servirla; no presuma
que contemplo indiferente
las desgracias que la abruman.
Diputado. Entonces es necesario
que hoy mismo al congreso acuda.
Sus actas se han aprobado
sin discusion; entra, jura,

toma asiento, vota contra
el gobierno, y es segura
su derrota.

Tiburcio. Por mi voto
nada mas...

Diputado. De usted se juzga
que ejerce cierta influencia
muy natural y muy justa
con los demas diputados
de su provincia.

Tiburcio. Sí, alguna.
Todos son amigos mios.

Diputado. Pues si sus votos se juntan
con los de la oposicion,
queda vencido en la lucha
el gobierno, y obligado
á retirarse.

Tiburcio. ¡Que se hunda!
No le perdono la sangre
que á los labradores chupa:
nos muele á contribuciones,
y á cobrarlas se apresura,
mas sin embargo, él no paga
ni á los cesantes ni viudas.
Pero diga usted: ¿no teme
que aquel que le sustituya
sea peor? Que los ministros
de nuestros tiempos, se ocupan
siempre de que el pueblo pague;
de gobernarle bien, nunca.

Diputado. ¡Oh! Los que estan indicados
para que á ese puesto suban
tan espinoso...

Tiburcio. Lo mismo
dicen todos, y les gustan
sin embargo sus espinas:
me parece que no punzan;
pues apenas se encaraman
en él, si no los empujan,
ni á tres tirones le sueltan,
y aun cuesta asi Dios y ayuda.

Diputado. Son personas que apetecen

el bien del pais, no buscan
su provecho individual;
sus palabras lo aseguran.

Tiburcio. Obras, obras son amores;
ya las palabras son nulas;
de tantas como se han dado,
no he visto cumplir ninguna.

Diputado. Los que entren, usted no dude
que sabrán cumplir las suyas.

Tiburcio. (Este ha de ser candidato
para ministro: no hay duda.)

ESCENA III.

DICHOS. DON LESMES.

Diputado. (¡Aqui el director de Rentas,
que es de Laredo amigo íntimo!)

Tiburcio. Pase usted, señor don Lesmes.

Lesmes. Si no molesto... ¡qué miro!
(*Al diputado, con afectada deferencia.*)
¡Señor don Gil! ¡cuánto tiempo
sin ver á usté ha transcurrido!
Tengo un placer hoy...

Diputado. (*Con sequedad.*) Lo aprecio.
Que no falte usté es preciso (*A Tiburcio.*)
al congreso.

Tiburcio. Iré: le doy
mi palabra.

Lesmes. Ya adivino...
¿Va á discutirse hoy el voto
de confianza que ha pedido
el gobierno?

Diputado. Sí señor.

Lesmes. Yo pienso que muy mal hizo
el gobierno en presentarlo
á las cortes; asimismo
á Laredo se lo dije;
pero como estos ministros
no hacen caso...

Diputado. Ya lo harán,
si se les niega el permiso

de cobrar contribuciones
sin que se hayan discutido
los presupuestos.

Lesmes. Entonces
su caida vaticino,
y la tendrán merecida.
Obran tan mal...

Tiburcio. (Si, lo dicho.
Cuando este habla asi, es el otro
candidato...)

Lesmes. Ayer he oido
á usted con placer inmenso.

Diputado. Gracias. (*Con ironía.*)

Lesmes. Me gustó infinito
su discurso: ¡qué brillante!
¡qué razonado! ¡qué brio!
No tienen contestacion
sus argumentos: ha herido
al ministerio de muerte.

Diputado. No tanto.

Lesmes. ¡Oh! ¡si fue magnífico!
¡Usted posee cualidades
para ser un gran ministro!
y de Hacienda sobre todo.
Que suceda usted confio
á don Miguel de Laredo,
porque no hay otro mas digno.

Diputado. (*A Tiburcio, sin atender á don Lesmes.*)
Con que hasta luego.

Tiburcio. Hasta luego.

Diputado. No tarde usted le suplico.
Ya la sesion ha empezado.

Tiburcio. Pronto voy.

Lesmes. De aqui en dos brincos...
¡Si tiene enfrente el congreso!

Diputado. Sepa usted que soy su amigo,
y vivamente deseo
que me emplee en su servicio.
(*Dando la mano á Tiburcio.*)

Tiburcio. Me ofrezco á usted igualmente.

Diputado. Beso á usted...

Lesmes. Lo mismo digo.

ESCENA IV.

DON TIBURCIO. DON LESMES.

Lesmes. ¡Qué orgulloso está! Parece
que el ministerio atrapó.
Ni aun contestar se dignó.
Tiburcio. Que asi obrase usted merece.
Lesmes. ¿Yo?
Tiburcio. Sí, porque le adulaba,
y él la causa adivinando,
estaba á usted escuchando
con desden.
Lesmes. ¿Me despreciaba?
Tiburcio. Eso mismo.
Lesmes. ¡Vive Dios!
¿Pudo en mis barbas... ¡qué necio!
pero aun mas yo le desprecio.
Tiburcio. Se pagan ambos á dos.
Lesmes. Piensa por ser diputado
darse tono... ¡Bachiller!
¿Porque ha pronunciado ayer
un discursillo estudiado,
al título de orador
aspirará presumido?
¡Si le hubiera usted oido!
mejor habla mi aguador.
Crei que hablaba tres dias
yendo de ceca á la meca:
¿y qué dijo? Con voz hueca
cuatro palabras vacías
de sentido y de razones,
y asi para hacerse oir
pretendia persuadir
á voces y á manotones.
¡Qué! ¡si se desgañitaba!
el cuerpo, brazos y pies
movia á un tiempo, y despues
gota tan gorda sudaba.
Desde que á las cortes vino
lanzóse en la oposicion,
aguardando la ocasion

de alcanzar un buen destino.
Y hoy tiene esperanzas tales,
que al ministerio se inclina
de Hacienda ó al de Marina;
para él son todos iguales.

Tiburcio. ¿Entonces por qué fingía
cuando él se hallaba presente?

Lesmes. Por lo mismo cabalmente:
¡si es mi fuerte la ironía!

Tiburcio. Es torpe accion adular
á uno porque está delante,
y por detras, al instante
á quien se aduló insultar.
Le odia, y no tuvo valor
para decirlo en su cara;
á lo menos se callara:
¡pero herirle cual traidor!
¡por la espalda!... ¡vive Cristo!
que es una infamia á fé mia,
y ahora tal villanía
por la vez primera he visto.

Lesmes. Con el siglo usted no vive:
¡cuando conozca á la gente!...
si esto es moneda corriente;
se da como se recibe.
Parecerá abominable;
pero mi máxima es esta:
que es el que mas me detesta
quien me trata mas amable.

Tiburcio. ¡Que esto diga!

Lesmes. Usted dirá
lo mismo que yo algun dia:
siga usted la marcha mia,
y cómo medra verá.
Tengo muchos desengaños;
pero asi me va mejor:
de escribiente á director
he ascendido en pocos años.
Cada ministro al salir
me dió un ascenso, al entrar
otro; puede calcular
si habré sabido vivir.

Esto y mas es necesario:
cae Laredo, no me apuro:
que entra don Gil; de seguro
me nombra subsecretario.

Tiburcio. No se haga usté esa ilusion.
¿Cómo le habia de nombrar,
si no hace mas que apoyar
la presente situacion?
Difieren sus opiniones...

Lesmes. Se engaña usted ciertamente:
yo me amoldo facilmente
á todas las situaciones.

Tiburcio. Vende su opinion. (*Con desprecio.*)

Lesmes. ¡Delirio!
¿Yo venderla? no convengo:
¡si siempre la misma tengo!
solo la aflojo ó la estiro.

Tiburcio. Elástica es. ¡Qué fortuna!
¿Con que segun le conviene
trafica con la que tiene?
Eso es no tener ninguna.

Lesmes. Es mi sistema: cabal.
Pues asi como otros son
siempre de la oposicion,
yo siempre ministerial.
Y como tanto he vivido,
no hay tus tus á perro viejo.
Usted siga mi consejo,
y sacará gran partido.
Puesto que usté es diputado,
apoye á la situacion:
que vence la oposicion;
se pasa usted de contado.
Parece no le acomoda,
segun el gesto que pone.
Son pases... ¡Dios me perdone!
que en el dia estan de moda.
Y logra de esa manera,
si triunfa el gobierno, ser
intendente, ó escoger
el destino que usted quiera.
Su voto, si es derrotado,

da usted á quien le remplaza,
y en premio obtendrá una plaza
en Gobernacion ó Estado.
Dice usted, sin quedar mal,
por personas no abogaba,
que usté al gobierno apoyaba,
esto es, al ente moral.
Y adquiere de todos modos
una posicion brillante,
quedando siempre triunfante,
y aun mas, dando gusto á todos.

Tiburcio. Se me acabó la paciencia
de haber tanto tiempo oido
lo que no debí. ¿Ha creido
que yo no tengo conciencia?
Si la suya á todo el mundo
y aun al diablo vendería,
yo jamas vendo la mia,
que en ello mi orgullo fundo.
Y si igual proposicion
vuelve á hacerme, aunque desbarre,
del cuello tema le agarre,
y lo eche por el balcon.

Lesmes. (¡Y lo hará como lo dice!
de haber hablado me pesa.)
Voy á ver á la marquesa...

Tiburcio. No está en casa.

Lesmes. (Muy mal hice...)
Volveré. (Parto veloz.)
¿No va usté al congreso? hora es...

Tiburcio. Veremos.

Lesmes. (*Haciéndole una profunda reverencia.*)
Hasta despues...
(¡Jesus! ¡este hombre es atroz!)

ESCENA V.

DON TIBURCIO.

¡Qué viejo tan vividor!
aunque hay muchos de su laya:
¡y tan sin vergüenza! ¡Vaya,

que es alhaja el director!
Ver á mi prima queria,
pero le engañé diciendo
que no está en casa, y entiendo
que á hablarla de amor iria.
Y ella que es tan seductora
á un facha haber de escuchar...
¡Qué ridículo ha de estar
un viejo cuando enamora!
Mas si con ella se casa...
y es posible que asi sea:
al recordar esa idea
yo no sé lo que me pasa.
Siento, asi, un desasosiego...
¿si enamorado estaré
y hasta hoy no lo sospeché?
¿No dicen que amor es ciego?
Ciertos son los toros, sí:
me enamoré como un burro,
y ahora nada discurro,
y hasta me olvido de mí.
Tan solo en una semana
lo que vale he conocido,
y decidirme he podido
á amar á una cortesana.
Y la adoro con pasion,
que el amor que el alma siente,
aunque me entró de repente
ha llegado al corazon.
Aqui sale: la diria...
Tiemblan mis piernas. ¡Dios mio!
antes calor... ahora frio...
¡ay! ¡qué situacion la mia!

ESCENA VI.

LA MARQUESA. TIBURCIO.

Marquesa. ¿Sigue usted mas aliviado?
Tiburcio. Al verte, mejor me siento.
Debo á tu tierno cuidado
hallarme en este momento
de mi enfermedad curado.

Marquesa. ¿A mi, primo?
Tiburcio. A ti, marquesa,
que angel de mi guarda has sido,
y yo te hago la promesa
de vivir agradecido,
y... (No mas; Tiburcio, cesa.)
Marquesa. He obrado como debí,
que lo mismo en caso igual
hubiera usté hecho por mí.
Tiburcio. ¿Y qué no haria por tí,
muger bella, angelical?
¡Qué no haria, aunque supiera
que la vida me costaba!
la vida... y aun mas... perdiera
hasta el honor, si creyera
que á costa de él te salvaba.
Marquesa. (¡Qué alma tan noble! Me encanta.)
Tiburcio. (Yo la debo revelar
mi amor: ¡ay! se me atraganta
cuando la voy á soltar
esa frase en la garganta.)
Marquesa. Noto está usted distraido.
Si algun pesar le atormenta...
Tiburcio. En tí pensaba.
Marquesa. ¡Qué he oido!
Y puedo causa haber sido...
Tiburcio. (Vamos: no caerá en la cuenta.)
Tú de mis meditaciones
eres la causa, es verdad.
Marquesa. Si contra mi voluntad
ofendí á usted, mil perdones...
Tiburcio. ¡Tú ofender! ¡qué atrocidad!
(A decirselo me obligo;
¿pero como empezaré?)
Marquesa...
Marquesa. ¿Primo?
Tiburcio. (No sigo
si ella me mira.) Yo...
Marquesa. ¿Qué?...
Tiburcio. Digo... (No sé lo que digo.)
Marquesa. Prosiga usted: ya le escucho.
Tiburcio. (Proseguiré.) Te decia

que enfermo no me sentia.

Marquesa. De lo que me alegro mucho.

Tiburcio. Es que entonces te mentia.

Marquesa. ¡Cómo! ¿estará usted peor?

Tiburcio. Lo estoy desde que sané.

Marquesa. ¡No entiendo!... Si sanó usté...

Tiburcio. Del cuerpo sí; pero amor
mata el alma. (La solté.)

Marquesa. ¿Amor usted? no comprendo...

Tiburcio. Es natural la sorpresa
que en tu rostro estoy leyendo,
mas perdona si te ofendo,
porque yo te amo, marquesa.

Marquesa. (¡Dios mio!)

Tiburcio. Cuando te vi
al principio y no te amé,
necio anduve, y ciego fuí;
mas desde que te traté
estoy penando por tí.
Enamorarme jamas
pensaba, ¡y me he enamorado!
No digas, Tiburcio, mas
de esta agua no beberás,
que has salido escarmentado.
Nuestros destinos unió
nuestro tio, que al morir
sus bienes á ambos dejó,
leyendo en el porvenir
que habia de amarte yo.
¡Y bendeciré mi suerte
si á la boda no te opones,
que diera por merecerte
mis títulos, mis terrones!...
bastándome el poseerte.
Al decirte mi pasion,
no lo tomes por agravio,
bellas mis frases no son;
pero las pronuncia el labio
cual las siente el corazon.

Marquesa. (Faltaba esto á mi pesar.
¡Tan honrado y no poder
su amoroso afan premiar!)

Primo, ¿qué he de responder
cuando me voy á casar?

Tiburcio. Esa palabra me ha helado.
¡Tú casarte! ¿Todavia
don Lesmes pretenderia...

Marquesa. Ya mi promesa he empeñado,
y muy pronto...

Tiburcio. No hay tu tia.
No has de casarte con él,
que esa no es tu voluntad,
aunque me admira en verdad
que asi te obliguen...

Marquesa. (¡Cruel
suplicio!)

Tiburcio. Es temeridad
del viejo. Ignorar no puede
que con aversion le miras,
y sin embargo no cede:
¿pero callas y suspiras?
esplícate, ¿qué sucede?

Marquesa. (Una palabra pudiera
mi dicha toda labrar;
pero si yo la dijera,
la ventura destruyera
de... no, no; debo callar.)
Primo, está usted engañado;
al fin yo cedo gustosa.
(¡Qué tormento!) Seré esposa
de don Lesmes de buen grado...
(¡Ser suya! ¡idea horrorosa!)
No ofenda á usted que prefiera
á don Lesmes; eso no:
porque si antes lo supiera
acaso elegido hubiera
á quien por mí se batió.
Pero esto es imposible: (¡ah!)
y usted no puede querer
á quien educada está
en la corte...

Tiburcio. Calla ya,
no me hagas mas padecer.
Bastante caro he pagado

mi error, bastante le lloro;
por haber tan necio obrado
que otro me robe el tesoro
único que he codiciado.
Saber la causa no quiero
que te obliga á dar la mano
al viejo... Soy caballero,
y respetaré un arcano
que tú guardas.

Marquesa. (¡Ay! yo muero.)

Tiburcio. Pero si el destino un dia
se ensañara contra ti
y un sacrificio exigía,
prima, acuérdate de mí,
que con el alma le haría.

Marquesa. ¡Oh! gracias, gracias. (¡No puedo
mas! Me parte el corazon.)
¿Quién... (*A un criado.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. UN CRIADO.

Criado. El señor de Laredo.

Marquesa. (¡Oh! es él, y si me quedo
va á notar mi turbacion.)
Si usted se digna un instante
al ministro acompañar,
le agradeciera bastante...

Tiburcio. ¿Tono emplea suplicante
la que me puede mandar?

(*El criado se retira á una seña de la marquesa.*)

Marquesa. ¿Mandar yo?

Tiburcio. Tu esclavo soy.

Marquesa. Rompa usted esas cadenas.

Tiburcio. ¿Y cómo, si preso estoy?

Marquesa. (¡Cuándo acabarán mis penas!)

Tiburcio. (Mis penas empiezan hoy.)

ESCENA VIII.

DON TIBURCIO. *Despues* DON MIGUEL LAREDO.

Tiburcio. ¿El ministro á qué vendrá?

Él la culpa ha de tener.
Como lo llegue á saber
toros y cañas habrá.

Laredo. (*Saliendo.*) ¡Señor don Tiburcio! ¡amigo!
¡qué placer esperimento
al verle en este momento
tan bueno ya!

Tiburcio. Tal cual sigo.

Laredo. ¿Qué dice usted? No parece
siquiera que enfermo ha estado.
¡Tan buen color! me he alegrado
en el alma...

Tiburcio. Se agradece.

Laredo. Porque asi, sin duda alguna
al congreso irá usted hoy.

Tiburcio. Lo acerto usté; al punto voy.

Laredo. No corre prisa ninguna.

Tiburcio. ¿Cómo no, si empezó ya
la sesion?

Laredo. Es que habla ahora
uno que de todo ignora,
y habla de todo.

Tiburcio. ¿Será
de la oposicion?

Laredo. Es claro.
Careciendo de razones
ha apelado á las pasiones;
¡y su lenguaje es tan raro!
Quién hace caso... ademas,
la victoria será mia.
Cuento con la mayoría:
(como no se vuelva atrás.)
¿Y usted tambien, sin remedio,
apoyará al gobierno? ¡Oh!
¡eso es tan natural!

Tiburcio. ¿Yo?
Se engañó de medio á medio.

Laredo. ¿Piensa usted acaso?... aun dudo...

Tiburcio. Al ministerio hacer guerra
sin parar hasta que á tierra
caiga: ¡soy muy testarudo!

Laredo. Se chancea usted.

Tiburcio. Formal
se lo digo: ello ha de ser;
que en el mundo no hay poder
que me haga ministerial.
Laredo. Hará oposicion...
Tiburcio. Con brio.
Laredo. Sistemática.
Tiburcio. ¡Qué tema!
Si obrar mal es su sistema,
el combatirle es el mio.
Laredo. Preciso es que de opinion
usted mude.
Tiburcio. ¿Qué es mudar?
¿ha podido sospechar
que yo soy como otros son?
¡Qué yo afrente mi nobleza!
¡Tal baldon en mí cabria!
Una alma como la mia
no comete esa bajeza.
Laredo. (Equilibradas estan
las fuerzas en el congreso,
y su voto es de gran peso,
como que le seguirán
los de Asturias, y no sé
por qué medio... ¡ah! ¡feliz soy!)
A proponer á usted voy...
Tiburcio. ¿A mí?
Laredo. Sí, me esplicaré.
Que inspira á usted me parece
vivo interes la marquesa.
Tiburcio. Y mucho que me interesa.
(Mas y mas mi pasion crece.)
Laredo. En ese caso podria
usted la boda evitar...
Tiburcio. ¿Yo? ¿Cómo?
Laredo. Con apoyar
al gobierno, prometia
que don Lesmes renunciase
á su mano.
Tiburcio. (¡Oh Dios! ¡qué oí!
¿Con que depende de mí
que se case ó no se case?

Laredo. Cierto.
Tiburcio. (Y será mia; pero
mi conciencia... mi deber...
¡y al pais he de vender,
al pais que tanto quiero,
y que en mí ha depositado
su confianza!... ¡faltar á ella!...
¡pero mi prima es tan bella!...
pero ahora soy diputado.) (*Con resolucion.*)
Laredo. Que se decida usté espero.
Tiburcio. Jamas he sido traidor.
(Entre el deber y el amor,
el deber es lo primero.
Si se tratase de mi
solamente, ¿qué no hiciera?
¡Mas la patria!... infame fuera
si no procediese asi.)
El pais me encomendó
que sus derechos defienda,
y no para que los venda
diputado me nombró.
Y aunque lo soy sin haber
ese cargo pretendido,
no ha de decir que descuido
aquel sagrado deber.
Mi primera obligacion
es su interes consultar,
y por él he de velar
aunque sufra el corazon.
Laredo. (Nada logré, y si se empieza
á votar perdido soy.)
La marquesa sale.
Tiburcio. Voy
á vestirme con presteza
para ir al congreso. (Aqui
debe haber gato encerrado:
mi amor he sacrificado,
mas con mi deber cumplí.)
(*Entra en el gabinete de la derecha.*)

ESCENA IX.

DON MIGUEL LAREDO. *Despues* LA MARQUESA.

Laredo. Convencerle no he podido,
y ya le debo aguardar.
Tal vez ella... he de apurar
este medio; á eso he venido
Marquesa...
Marquesa. (*Saliendo.*) Caballero...
Laredo. No aguardaba
usted esta visita, no lo estraño;
pero he creido que hoy señalar debe
de su himeneo el venturoso dia.
Marquesa. (¡Venturoso le llama! ¡y aun se atreve
á insultar mi dolor!)
Laredo. Pienso, señora,
que la aversion con que miró ese enlace
se habrá ya mitigado.
Marquesa. ¡Ah! ¡no es posible!
Usted en mi tormento se complace.
¡Y me pretende hacer mas desgraciada
cuando en mi pecho mi pesar devoro,
que he de ver para siempre encadenada
mi voluntad al hombre que no adoro!
¡Y quiere usted envenenar mi vida,
cuando pudiera en apacible calma
por mágica esperanza seducida
la ventura gozar que sueña el alma!
¡Quiere usted que pronuncie el labio mio
un sí fatal que el corazon no siente,
y que maldiga mi destino impío
renunciando á la dicha eternamente!
¡Ah! ¡no concibo, no, quepa en su pecho
tan horrible crueldad! harto he sufrido
de amarga pena el corazon deshecho:
si piensa que he mentido
al revelarle tan atroz quebranto,
del dolor que destroza el alma mia
testigo sea mi copioso llanto,
que contener mas tiempo no podia.
Laredo. Que vacilase usted no imaginaba

despues de su promesa.

Marquesa. ¡Qué suplicio!
Lo prometí; pero ¡ah! ¡no sospechaba
que fuera tan enorme el sacrificio!
Mas terrible á mis ojos aparece
cuando el instante aproximarse veo
de ser su esposa.

Laredo. ¿Tanto la estremece?

Marquesa. ¡No me ha de estremecer ese himeneo!
Imposible, señor, que en él consienta.

Laredo. ¿Qué dice usted? ¡Olvida por ventura
que aun conservo una carta...

Marquesa. (¡Oh Dios!)

Laredo. Que un dia,
si no recuerdo mal, hace dos años
cierta dama escribia
quejándose de amargos desengaños
á un hombre que el honor la arrebatara!...

Marquesa. ¡Por piedad! ¡por piedad!

Laredo. ¡Y no recuerda
que ese papel en que ella revelara
su desliz, al amante dirigido,
por un rival celoso sorprendido
se encuentra en mi poder!

Marquesa. (¡Tiemblo al oirle!)

Laredo. Usted la dama fue; yo el rival era.

Marquesa. ¡Ah! yo... ¡jamas!...

Laredo. ¡Marquesa! ¡todavia
que le escribió á negar se atreveria!

Marquesa. Mi letra... si... ¡es verdad!

Laredo. No iba firmado;
que ese medio previno,
inútil para mí.

Marquesa. (¡Gran Dios! ¿Si hablará...
callar y padecer es mi destino.)

Laredo. Si; le escribió usted cuando en Valencia
al lado se encontraba de la hermana
que fue á casarse allí. De su inocencia
un villano abusó; cual caballero
el secreto guardé. Que su palabra
me cumpla usted ahora, es lo que espero.

Marquesa. ¡Oh! ¡qué tormento!

Laredo. El seductor infame,
nunca de usted logré saber su nombre,
¿vive, ó ha muerto?

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON TIBURCIO, *que abre de repente la puerta del gabinete.*

Tiburcio. ¡Vive! Soy ese hombre.
Marquesa. ¡Cielos!
Ladero. ¡Usted!
Tiburcio. El mismo.
Marquesa. Pero...
Tiburcio. (*Aparte á la marquesa.*) (Calla.)
Yo soy quien el honor la ha arrebatado,
y á reparar mi falta aqui he venido.
Laredo. (Con razon sospechaba...)
Marquesa. (¡Me ha asombrado!)
Tiburcio. A casarme con ella me decido.
Marquesa. ¿Puede usted... (*Bajo á Tiburcio.*)
Tiburcio. (*Bajo á la marquesa.*)
Como hermanos viviremos.
Separados... tu honor asi se salva;
de gratitud es deuda. Ahora marchemos
al congreso.
Marquesa. ¡Gran Dios!
Laredo. Puede en mi coche
ir conmigo.
Tiburcio. Mil gracias: mas prefiero
ir á pie. Como estoy acostumbrado...
(He cumplido el deber de caballero;
ahora cumpliré el de diputado.)

ESCENA XI.

LA MARQUESA.

¡Oh! ¡sublime abnegacion
del alma mas generosa!
Perdon, hermana, perdon,

si siente mi corazon
que me impidas ser su esposa.
Me sacrifico por ti;
siendo tú la criminal,
porque la carta escribi
aparezco como tal,
y el secreto oculto aqui.
Jamas le revelaré,
que eres esposa, eres madre
y la víctima seré:
desde que murió mi padre
con delirio la adoré.
¡Ah! Por ella solamente
mancillan mi honor, mi fama,
y es lo que mas mi alma siente
que no me juzgue inocente
el mortal que tanto me ama.
¿Y mi mano le daria
creyendo cierta mi afrenta,
ó el secreto le diria...
¡ah! perdon, hermana mia,
no temas que me arrepienta.
¿Cómo pudiera faltar
á un sagrado juramento?
no; nunca: debo callar
y tan hondo sufrimiento
en mi corazon ahogar.

ESCENA XII.

LA MARQUESA. EL MARQUES.

Marques. Marquesa, estoy á sus pies.
Marquesa. ¡Qué veo! ¿Usted...
Marques. Ahora acabo
de llegar; sin duda alguna
de menos me habrán hechado
ustedes... pero á Aranjuez
fui: ¡como me gustan tanto
los jardines!
Marquesa. Sí, comprendo.
Marques, beso á usted la mano. (*Se retira.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUES.

¡Y se va! Con la paladra
en la boca me ha dejado.
¡Ha tenido gracia el lance!
¿Si estará celosa acaso
creyendo que á otra enamoro,
por esta razon... ya caigo.
Pero Isabel sale aqui.

ESCENA XIV.

ISABEL. EL MARQUES.

Isabel. Vengo á mi hermana buscando,
y no la encuentro. ¡Ah! ¡el marques!
Marques. A todos sorpresa causo.
¿En mí qué notan ustedes?
¿Si tendré el rostro tostado
del sol?
Isabel. ¿Y se atreve usted
á presentarse aqui, cuando
con mi primo...
Marques. ¡Eso qué importa!
Yo ningun rencor le guardo:
le perdono.
Isabel. No creía
que se hubiera usted portado
tan cobardemente.
Marques. ¡Yo!
Isabel, ¿qué está usté hablando?
¡Si me porté como un héroe!
Isabel. Un héroe en la fuga.
Marques. Hay casos
en que es una heroicidad
la fuga: siempre me bato
en regla, pero su primo
ignora el arte: ¡qué diablos!
aquello no era batirse,
sino pegarse de palos.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. DON TADEO.

Tadeo. ¡Qué sesion tan borrascosa!
Calla: ¡el marques! Me complazco
en ver á usted: hace dias
que del gusto me ha privado...
Marques. ¿Dice usted que la sesion...
Tadeo. ¡Oh! se han dirigido cargos
muy terribles al gobierno:
al ir á votarse, ha entrado
Tiburcio: juró, sentóse,
y yo le estaba mirando,
cuando le tocó votar
de los primeros: ¡qué chasco
me llevé! crei dijera
sí, al gobierno apoyando;
pero le oí pronunciar
un no tan redondo y claro,
que atónito me quedé.
Marques. Voy á ver el resultado
de la votacion; enfrente
está el congreso, en dos saltos...
(¡Si me quedaré sin ser
de embajada secretario!)

ESCENA XVI.

DON TADEO. ISABEL.

Tadeo. ¿Y tu hermana?
Isabel. La buscaba.
Tadeo. El cartero me ha entregado
esta carta; dásela,
que yo voy á mi despacho.

ESCENA XVII.

ISABEL. *Despues* LA MARQUESA.

Isabel. ¿Una carta? ya adivino.

La letra, si no me engaño,
es de mi hermana; hay entre ellas
secretos que yo no alcanzo.
Aqui viene: para ti
(*A la marquesa, que sale.*)
me acaban de dar... (Me marcho,
porque si no en mi presencia
no la abrirá.)

ESCENA XVIII.

LA MARQUESA. *Despues* DON TIBURCIO.

Marquesa. ¡Cielo santo!
(*Leyendo.*) «Hermana mia: veo que eres desgraciada, y que yo soy la causa. Un hombre abusó de mi inesperiencia, y le creia muerto, cuando nuestro padre me obligó á que contrajera un enlace, cuya idea me estremecia: tuve que ceder á la voluntad paterna, y aquel hombre funesto se presentó ante mis ojos. Te revelé mi estravío, y le escribiste en mi nombre, manifestándole que no me persiguiera, ya que habia envenedo mi vida: aquella carta fue sorprendida por Laredo, que te juzgó la culpable; sé que van á sacrificarte, y no debo consentirlo. Te autorizo para que descubras á Laredo este secreto, ¡si no me obligarás á que se lo revele tu hermana, que te adora!»
(*A Tiburcio, que sale.*)
¡Qué veo! ¡ah! ¿usted aqui?

Tiburcio. He vuelto apenas voté;
y hoy mismo me casaré,
pues salvo tu honor asi.
Despues nos separaremos
para siempre.

Marquesa. ¡Qué he escuchado!
A un hombre que es tan honrado
bien puedo fiar...

Tiburcio. ¡Qué estremos!

Marquesa. Lea usted este papel. (*Le da la carta.*)

Tiburcio. Es una carta. (*Lée.*) ¡Gran Dios!...

Marquesa. ¡Ah! que quede entre los dos
este secreto cruel.

Tiburcio. Lo prometo. ¡Oh! ¡incomparable
muger!
Marquesa. ¡Pobre hermana mia!
Tiburcio. El corazon me decia
no podias ser culpable.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS. DON LESMES *y* EL MARQUES *por el fondo.*
DON TADEO *é* ISABEL *por la derecha.*

Marques. (*Bajo á don Lesmes.*)
Tio, nos hemos lucido:
la oposicion ha triunfado.
Lesmes. Y los fondos han bajado:
por dos partes he perdido.
Pero la marquesa es rica,
y como me he de casar... (*Idem.*)
Tiburcio. Quiero á ustedes presentar
mi esposa.
Lesmes. ¿Qué significa?...
Tiburcio. Que me caso con ella hoy.
Tadeo. ¿Qué dices? (*A la marquesa.*)
Marquesa. Suya seré.
Lesmes. ¿Qué oigo? Pues señor, troné.
Isabel. (*A la marquesa.*)
La enorabuena te doy.
Marques. (*A Isabel.*)
¿Si usted mi mano admitiera...
Isabel. No puede ser.
Marques. ¡Cómo!
Tiburcio. Ya,
señor marques, casará
con don Fernando.
(*Aparece en el fondo el diputado.*)
Marques. ¿Pudiera
un capitan preferir
á un secretario futuro
de embajada?

ESCENA XX.

LOS MISMOS. EL DIPUTADO.

Diputado. Le aseguro
que no lo ha de conseguir.
El ministerio cayó.
Marques. ¡A Dios mi secretaría!
¡Y hoy que Utrilla concluía
mi casaca!
Tiburcio. (*Con ironía.*) Es sensible.
Marques. ¡Oh!
Diputado. Su magestad se ha dignado
elevarme hasta el poder,
y á don Lesmes deponer.
Marques. (*A don Lesmes.*)
Iguales hemos quedado.
Lesmes. ¡Yo cesante!
Tiburcio. ¡Oh Providencia!
Lesmes. ¿Se chancea usted?
Diputado. No tal.
Lesmes. ¡Si yo soy ministerial,
siendo ministro vuecencia!
(*El diputado habla con don Tiburcio sin atender á don Lesmes.*)
Marques. (*A don Lesmes.*)
No hay esperanza remota...
Lesmes. ¡De servicio tantos años,
y este premio! ¡Oh! ¡desengaños!
¡Y luego sea usted patriota!
Marques. Ya nos podemos largar,
que estamos demas aqui.
¿No le parece á usted?
Lesmes. Sí;
vámonos... á conspirar.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, *menos* EL MARQUES *y* DON LESMES.

Diputado. Pues soy ministro, y usté
contribuyó á que lo sea,

pida lo que mas desea,
y se lo concederé.

Tiburcio. Nada quiero: si he votado
contra el ministerio, ha sido,
porque salvar he creido
de esta manera el Estado.
Si bien no le rige, entienda
que haré lo mismo con él,
que no es diputado fiel
quien á personas defienda.
No hay partidos para mi,
aunque yo á todos respeto;
pero á ninguno someto
mi conciencia; pienso asi.
No niego que hombres honrados
hay en todos, y estos son
sin ninguna distincion
por mi los mas apreciados.
Los destinos, los honores
no me pueden deslumbrar:
los he visto prodigar
á tantos aduladores,
que los miro con desden,
y me basta solamente
que al verme diga la gente...
«*¡alli va un hombre de bien!!*»

FIN DE LA COMEDIA.